

1. Tributo Amoroso al Dulcísimo Doctor san Francisco de Sales

San Francisco de Sales ocupa un lugar privilegiado en la espiritualidad sacerdotal de Don Enrique. En todas sus obras se encuentra el influjo del santo Doctor, o porque cita sus obras o porque aparece su doctrina asimilada y vivida.

El año 1894, escribe esta obra prueba de gratitud al Santo por una gracia obtenida por su intercesión; no dice expresamente cuál haya sido, pero pensamos, con las autoras de HSTJ, que se refiere a la suspensión de la sentencia de derribo del Noviciado. Fue publicado en Barcelona, por la Tipografía Católica, el mismo año 1894.

En estas páginas, llenas del espíritu del Santo, Don Enrique presenta a san Francisco como el hombre más semejante a Jesucristo y que viene al mundo para hacer amable la piedad, fácil la virtud y asequible el amor. Son meditaciones sobre las virtudes del Santo, a continuación de las cuales presenta máximas entresacadas de sus obras, así como también de santa Teresa de Jesús, para resaltar la semejanza del espíritu de ambos.

Reproducimos en este volumen la edición de 1894

TRIBUTO AMOROSO AL DULCISIMO DOCTOR SAN FRANCISCO DE SALES

Todo por amor, nada por la fuerza. O amar o morir.
(San Francisco de Sales)

A las Hijas del Serafín del Carmelo santa Teresa de Jesús que forman su Compañía consagra esta Novena y Triduo del más dulce de los hombres y más amable de los Santos su P. y C.

El Autor

San Gervasio, 24 enero 1894.

Al lector

Ahí tienes, lector benévolo, unas páginas saturadas del espíritu suavísimo de uno de los Santos más amables y semejantes a Nuestro Divino Salvador, el dulcísimo san Francisco de Sales.

Vino a este mundo en estos últimos tiempos tan melifluo Doctor para hacer amable la piedad, fácil la virtud y asequible el divino amor. Por eso es su memoria en bendición por todo el mundo.

Ha mucho tiempo que deseábamos ofrecerle este humilde obsequio para satisfacer en algún modo nuestra devoción al Santo, cuyo corazón cortado según el Corazón de Cristo Jesús, es tan semejante en su espíritu al de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, la Santa de nuestro corazón.

Mas hoy nos ha determinado y como forzado dulcemente a ordenar estas páginas el Santo bendito alcanzándonos un muy señalado y extraordinario favor, que no dudamos atribuirlo a

su mediación juntamente con la de nuestra gloriosa Santa. Por esta razón este librito es, al par que un desahogo del corazón, una deuda o tributo de gratitud a tan insigne Bienhechor.

Acéptelo el amabilísimo Santo con la misma buena voluntad con que se lo ofrecemos, pues aunque es ruda la flor que le presentamos, no obstante, perfumada como está por el aroma celestial de sus virtudes, le ha de ser forzosamente agradable.

Alcáncenos, por fin, tan dulcísimo y glorioso Doctor en cambio a todos los que le tributamos este pequeño obsequio, la gracia de vivir y morir por amor de Jesucristo, después de haber grabado en todos los corazones su divisa santa y la de nuestra santa Madre Teresa de Jesús: ¡Viva Jesús mi amor! Solo Dios basta.

Enrique de Ossó, Pbro.

Barcelona, san Gervasio, día memorable del Santo, 1894

Advertencia

Esta Novena y Triduo pueden hacerse siempre que se desee alcanzar alguna gracia por la intercesión del Santo, y para prepararse a su fiesta, que se celebra el día 29 de enero.

Para mejor alcanzar la gracia que se desea se debe procurar confesar y comulgar durante la Novena o Triduo, oír Misa si es posible, y hacer alguna visita a alguna de las imágenes del Santo, y dar limosna a un pobre, o ayunar, o hacer alguna otra obra de mortificación o misericordia.

Además puede servir este librito para consagrar un día cada mes a honrar al Santo, que puede ser el día 29, que por eso damos meditaciones, una para cada mes. Esta devoción del día 29 de cada mes en obsequio del Santo dulcísimo quisiéramos ver extendida por todo el mundo, pues tenemos por cierto que con ella han de venir innumerables bienes a las almas. Sea conocido y amado por todos tan amabilísimo maestro, porque con su conocimiento y amor florecerán en las almas el espíritu de verdadera piedad y devoción y la práctica bien entendida de la virtud, y más que todo el conocimiento y amor de Jesucristo, en quien está la vida eterna, y es el camino, luz y verdad de las almas.

Solo Dios basta.

E. de O.

Novena a san Francisco de Sales

Oraciones preparatorias para todos los días

Al mansísimo Jesús

Señor mío Jesucristo, manso y humilde de corazón, que para bien de las almas y gloria de la Religión, nos habéis dado a san Francisco de Sales como maestro y acabado modelo de la verdadera devoción y virtud; derramad, os rogamos, en nuestros corazones, toda la unción de su dulzura, todo el ardor de su caridad y toda la sublimidad de su profunda humildad, para que imitándolo en sus virtudes, le acompañemos en la gloria eterna. Amén.

Al dulcísimo san Francisco

Padre y Protector mío dulcísimo san Francisco de Sales, que para la salvación de las almas os hicisteis todo para todos para ganarlos a todos al amor a Jesucristo; alcanzadnos, os rogamos, la imitación perfecta de vuestras hermosas virtudes que vamos a meditar, en especial la caridad, dulzura, humildad y modestia cristianas, y la gracia que deseo obtener en este día, a mayor gloria de Dios y bien de mi alma y de mis prójimos. Amén.

Para las Hijas de la Compañía de santa Teresa de Jesús

Padre y Protector nuestro dulcísimo, san Francisco de Sales, que para la salvación de las almas os hicisteis todo para todos para ganarlos a todos al amor de Jesucristo; alcanzad, os rogamos, a todas las hijas de vuestra predilecta Santa y Madre amabilísima Teresa de Jesús, que formamos su Compañía y que os aclamamos por nuestro Protector y Padre, que crezcamos cada día en su espíritu, que es el vuestro, de caridad, celo, mansedumbre, humildad, modestia, afabilidad y fortaleza cristiana, para ser siempre las primeras en extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús por todo el mundo, por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio. Amén.

Oración final para todos los días

Amabilísimo Santo mío, san Francisco de Sales, cuya divisa santa fue: *O amar o morir*: alcanzadnos, os pedimos con todas las veras de nuestro corazón, que vivamos o muramos en Jesús, por Jesús y con Jesús, que murió en la cruz para hacernos vivir eternamente en los brazos de su bondad, en los resplandores eternos de su gloria, después de haber pasado por el mundo haciendo bien a todos y a nadie daño, como Vos, cantando sin cesar el cántico de amor eterno: ¡Viva Jesús mi amor! yo amo a Jesús; soy toda de Jesús y mi Dios basta por toda la eternidad, Amén.

Para las Hijas de la Compañía de santa Teresa de Jesús

Amabilísimo san Francisco de Sales cuya divisa santa fue: *O amar o morir*, alcanzadnos a todas vuestras Hijas, que lo son de vuestra enamorada santa Teresa de Jesús, cuya divisa fue: *O morir o padecer*, y forman su Compañía que tanto os ama, y desea haceros conocer y amar por todo el mundo con Jesús, María Teresa de Jesús, que muramos a todo amor que no sea el de Jesús, y no padezcamos, ni trabajemos, ni vivamos sino por Jesús, que ha muerto en la cruz para hacernos vivir eternamente en los brazos de su bondad.

Alcanzadnos de Jesús con nuestra Santa Madre que grabemos en todos los corazones vuestra divisa santa: ¡Viva Jesús! Solo Dios basta. Si, solo viva Jesús en nuestra memoria por el recuerdo de sus bondades; solo viva Jesús en nuestro entendimiento por el conocimiento de la verdad; solo viva Jesús en nuestros corazones por el amor de su infinita amabilidad, y

solo viva Jesús en nuestro exterior por medio de la modestia cristiana; para que después de haber pasado por el mundo haciendo bien todos y embalsamándolo con el olor de Cristo Jesús, cantemos eternamente las misericordias del Señor en vuestra compañía y de Jesús, María, José y Teresa de Jesús, repitiendo sin cesar: ¡Viva Jesús mi amor! yo amo a Jesús; soy toda de Jesús; solo mi Jesús y Dios me basta por toda la eternidad. Amén.

DIA PRIMERO

Por la señal, etc. Y Oraciones preparatorias

Oración del Santo

Consideraciones

Punto primero. Considera, alma devota de san Francisco, la oración altísima y continua del Santo. La oración, enseña el Santo, iluminando nuestra mente con la claridad de la luz divina, purifica nuestro entendimiento de ignorancias y nuestra voluntad de afectos depravados. La oración es el agua de bendición que hace reverdecer y florecer con su riego las plantas de nuestros buenos deseos, limpia nuestra mente de sus imperfecciones, y apaga en nuestro corazón la sed de las pasiones. Por eso todos los días dedicaba una hora a la oración por la mañana, y otra por la noche, rezando el Rosario y meditando sus misterios, y además todo el tiempo que le dejaban libre sus negocios.

Procedía en la oración con la misma sencillez y hablaba a Nuestro Señor tan familiarmente como un hijo pequeñito con su buen padre. “De un pensamiento que llevo a la oración, sale un dulce y simple afecto suavísimo que perfuma mi corazón con un bálsamo inexplicable”. Otras veces iba a la oración con un solo sentimiento de agradar a su amado Padre, “Oh Dios, vedme aquí, exclamaba, delante de Vos; esto me basta; yo descanso en Vos; me entrego de todo a Vos; haced en mí y de mí lo que os agrada, y yo siempre estaré contento con tal que haga vuestra voluntad”. No se distraía en la oración el Santo: “Gracias a la Divina Bondad estoy libre de distracciones durante mis meditaciones. Si me da el Señor consolaciones las recibo con sencillez y con una reverencia muy profunda, como un hijo de amor. Si no me las da, no pienso en ello, sino en contentar a mi Padre”. Cuando por sus muchas ocupaciones no podía consagrar toda la hora a la oración, hacía lo que el Santo llamaba oración activa, esto es, lo hacía todo en la presencia de Dios y por su servicio. “¡Oh, qué excelente es la oración activa!” exclamaba. Nunca iba a la oración sin prepararse antes y seguir el camino ordinario de los Santos y de los sencillos. Cuando cantaba las divinas alabanzas, creíase transportado entre los coros de los Ángeles en el cielo, y olvidado enteramente de la baraúnda de sus negocios, al concluir su rezo lo hallaba todo como hecho por la bondad de su buen Padre Celestial. Salía por lo común de la oración con el rostro radiante e inflamado, lo que demostraba las grandes suavidades y consolaciones e ilustraciones que gozaba en el trato íntimo y familiar con su buen Padre Celestial.

“No sé lo que he hecho a Nuestro Señor, repetía, que su misericordia es incomprendible conmigo, porque no bien me he puesto en oración, lo olvido todo, menos a Él. ¡Oh alma mía guárdate de poner obstáculo a la operación de Dios! Encerrémonos en ella sin movernos poco o mucho”. Dios mío, detened a este miserable atolondrado de mi espíritu. Oh Jesús mío, concededme esta gracia, de no distraerme voluntariamente en la oración, y si contra mi

voluntad me distraigo, aceptadlo como penitencia satisfactoria por las veces que voluntariamente os he ofendido en este punto. No busque nunca en mi oración las consolaciones de Dios, sino al Dios de toda consolación que ha de hacerme feliz eternamente.

Punto segundo. Mas no le bastaban al Santo las horas que cada día dedicaba a la oración, sino que era continuo su ejercicio por el rezo de las jaculatorias y de la presencia amorosa de Dios en el interior de su alma. Para evitar la disipación se había hecho el Santo, como un templo o soledad del alma, a la que llamaba *Santuario de Dios, Paraíso de Dios*. Tan recogido andaba y metido en esta santa soledad, que pudo decir: “No me ocupo ni hablo nunca de los negocios del mundo, sino por modo de distracción involuntaria” Allí abismado en la contemplación de las perfecciones divinas, consideraba a Dios, ora como a su Señor, ora como a su Rey, su Padre, su Bienhechor y su Amigo, animándole a amarle más y más. “Mi pobre y miserable corazón, escribía, nunca tuvo mayor multitud de negocios”. Como la presencia del sol da mayor lustre a las flores, así la presencia de Dios derramaba en el exterior de Francisco una alegría dulce y moderada, un encanto inefable sobre su conversación y trato “Mi habitación está llena de personas que me coge cada cual por su lado, pero a pesar de esto mi corazón está solitario; la multitud rodea mi cuerpo, mas no mi corazón, que permanece siempre solo en la presencia de Dios solo”. Ni un cuarto de hora se olvidaba el Santo de su Dios. “Mi paraíso en la tierra es el recuerdo amoroso y continuo de mi Dios. ¡Oh qué feliz es el alma, exclama, que en la tranquilidad de su corazón conserva amorosamente el sagrado sentimiento de la presencia de Dios! Porque su unión con la divina bondad llenará su espíritu de infinita suavidad. ¿Qué buscará si ha encontrado lo que buscaba? No le queda más que exclamar: “He hallado al que ama mi alma: le tengo y no le dejaré ya”.

“La mayor parte de las faltas provienen de no mantenerse en la presencia de Dios”, decía el Santo. Este ejercicio, custodio de la pureza y de la inocencia, lo conservaba el Santo con la frecuencia de oraciones jaculatorias.

Cantaba en su cuarto, como recreación espiritual, salmos, himnos y cánticos. Todo le movía y despertaba a amar a Dios. Si estudiaba, adoraba la verdad oculta bajo las letras, y su estudio era casi una oración recogida. Oigamos sus sentencias más familiares:

“Cuando el mundo viene a daros noticias de este mundo, es preciso dárselas a la vez del otro mundo” Al ver hermosos paisajes: “somos el campo del Señor: debemos de sembrar y cultivar en él, el grano de su palabra” Al ver una Iglesia: “Somos templos vivos del Espíritu Santo, y debemos adornarlo de virtudes”. A la vista de flores: “No son solamente flores sino frutos lo que Dios nos pide”. Al ver pinturas hermosas: “Nuestra alma es imagen de Dios y debe hacerse semejante a Él”. Al ver jardines: “Nuestra alma, si la adornamos de virtudes, es el jardín de delicias de Dios”. A la vista de una fuente suspiraba: “¡Ah! ¿Cuándo beberemos a placer de la fuente del Salvador?” Al ver los ríos: En los corderitos recordaba la mansedumbre de Jesucristo: Cordero de Dios. En los pobres, los miembros amados del Salvador. En los sacerdotes, los ministros de Dios; y así en todas las cosas lo servían para elevarse a Dios, para unirse más a Dios, único centro y amor de su corazón.

¡Oh alma mía! ¿Imitas al Santo en estas virtudes? Tienes en tu corazón un santuario; mas ¿te retiras a menudo dentro de él a adorar, reverenciar, alabar y pedir a Dios? ¿Son las criaturas para tu alma distraída un libro donde leas las perfecciones y bondades de Dios? ¿Son para ti las criaturas una como escalera para elevarte a Dios y amarlo? O tal vez, ¿son las cosas criadas unos como lazos, redes y cadenas que te apartan de Dios por tus desordenados afectos, y te arrastran a la perdición eterna? ¿Tienes algún ídolo de afecto desordenado en tu corazón? ¡Oh! arráncalo, desmenúzalo, y sirve a solo Dios, y pon bajo tus pies todas las cosas criadas.

Punto tercero. Pero una de las industrias más hermosas y a la vez provechosas que tuvo san Francisco para avisar y conservar su piedad ferviente, suavísima y constante, era considerar a Dios como a su Padre muy amado, y andar en su presencia y en su servicio como un buen hijo delante de su Padre. No puedes figurarte, alma devota del Santo, lo mucho que ayuda para hacer todos los ejercicios de piedad con buen espíritu, y para perseverar en el servicio de Dios, el considerarle y servirle como a Padre, y tú tenerte como buena hija. La causa de ser la piedad en tantas almas estéril, fría, fastidiosa e inconstante, tengo para mí que nace de no servir a Dios como a Padre, con afecto filial.

El demonio por este medio, esto es, por hacer concebir una idea extraña, errada, de Dios nuestro Padre, logra que las almas se cansen luego de su servicio, le abandonen como pesado, insoportable. No es este el espíritu de Jesucristo, de su Evangelio, ni de su Santo Francisco. No es el espíritu de Jesucristo, ni de su Evangelio, porque en él nos enseña que cuando oremos, o nos dirijamos a Él, para pedirle cualquier cosa, nos lo representemos no como Señor, ni Rey, ni Juez, ni Dios, sino como Padre. “Padre nuestro, que estás en los cielos, así oraréis”. Nos dice; y siempre se ve que nos provoca al amor y confianza porque sabía cuán necesitado estaba de aliento y de consuelo nuestro pobre corazón herido por el pecado. No hemos recibido en la ley de gracia el espíritu de servidumbre y de temor, sino el espíritu de adopción de hijos de Dios muy amados de Él, con el cual clamamos: Padre, Padre. Esto lo dice con encantadora manera el santo suavísimo con estas palabras: “Haced, avisaba a su Filotea, como los niños pequeños, que con una mano se mantienen agarrados a su padre, y con la otra cogen fresas o moras a lo largo del camino. Del mismo modo, manejando los bienes de este mundo con una mano, tened asida con la otra la mano del Padre celestial; volviéndoos de tiempo en tiempo a Él para ver si le son agradables vuestras ocupaciones. Entre los negocios que no requieren una atención tan grande, mirad más a Dios que a ellos; y cuando requieran toda vuestra atención, de tiempo en tiempo a lo menos mirad a Dios, como los navegantes, que para llegar a la tierra que desean miran al cielo. Debemos tener a Dios delante de los ojos siempre y en todas partes, tanto solos como acompañados, aun durmiendo, acostándonos en la presencia de Dios, como haría aquel a quien Nuestro Señor, cuando estando en este mundo, le mandara que se acostara en su presencia: ¡Oh Dios mío, qué modesta y devotamente nos acostaríamos si os viésemos!. Sin duda cruzaríamos los brazos sobre el pecho con gran devoción”. Hasta aquí el Santo. ¿Cuál es tu oración, alma devota de san Francisco? ¿Es continua? ¿Es amorosa por la presencia de Dios en el interior de tu alma? ¿Son frecuentes tus oraciones jaculatorias? ¿Suplen tu falta de larga oración? ¿Haces a lo menos cada día, sino una hora, a lo menos un cuarto de hora de oración atenta y devota para asegurar tu salvación eterna? ¿Te has hecho un santuario, un oratorio en tu interior para adorar y amar a Dios? ¿Oras, amas, adoras y sirves a Dios con

la consideración que es tu Padre muy amado y que te ama con infinito amor? ¿Sirves a tu Padre celestial *como hijo de amor, o a lo menos como siervo del amor?*

Propósito. No dejaré ningún día de orar a mi Padre y pedirle, luz, consejo, aliento y gracia para hacer en todas las cosas su santísima voluntad. Así seré verdadera devota de san Francisco de Sales.

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena.
Récese luego la oración final para todos los días

DIA SEGUNDO

Por la señal, etc. Oraciones.

Mortificación del Santo

Punto primero. Es la mortificación absolutamente necesaria al alma para llegar a la unión con Dios, a la perfección cristiana. Y aun por eso mismo, decía el Santo, “que la oración sin la mortificación es un alma sin cuerpo, así como la mortificación sin la oración es un cuerpo sin alma”. Ya antes había dejado escrito también la Seráfica Doctora, “que regalo y oración no se compadecen”. “Es preciso morir, repetía el Santo, para que Dios viva en nosotros. Estas palabras *es preciso morir* son duras, pero serán acompañadas de gran dulzura, porque no se muere a sí mismo sino con el fin de unirse a Dios por medio de esta muerte. Es preciso morir a todo otro amor para no vivir más que al amor de Jesús, a fin de no morir eternamente. Es preciso morir a todo otro amor para no vivir más que al amor a Jesús, a fin de no morir eternamente. Es preciso vivir en este mundo como si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo en la sepultura: “¡Dios mío! Bien quisiera morir por mi Salvador; pero si no puedo morir por Él, a lo menos viva por Él solo”. Conformando sus palabras con esta doctrina, Francisco empezó por mortificar su cuerpo, al que consideraba como un esclavo que se rebela cuando se le halaga y se condesciende a sus deseos, y por eso lo castigaba y reducía a la servidumbre de Cristo, como el Apóstol, llevándole circuido de la mortificación cristiana. No concedía jamás a sus sentidos ninguna delicadeza o superfluidad; se limitaba en todo a lo estrictamente necesario. Tomar alimento era para el Santo ir al tormento. Su vida era como un ayuno continuo. Para mejor aprovechar el tiempo hizo algunos años una sola comida al día. No obstante, no estaba tan asido a estas prácticas de mortificación que no las interrumpiera algunas veces, para evitar que bajo pretexto de fidelidad se deslizase en ellas un muy refinado amor propio, reemplazando estas mortificaciones con la condescendencia con el prójimo, que es hija de la caridad, y debe serles preferida.

Quería que se tuviese algo más de las fuerzas que se necesitan para el cumplimiento de los deberes ordinarios, por si acaso alguna vez sobreviniera algún trabajo imprevisto. “Así como el espíritu, decía, no puede soportar el cuerpo cuando está demasiado grueso, así el cuerpo no puede soportar el espíritu cuando es demasiado delgado o flaco: al cuerpo se le ha de tratar como se haría con un hijo, que se le castiga y corrige, pero sin destruirlo”. Comía lo que le presentaban sin hacer ninguna observación, porque tenía respeto a la máxima del Salvador: Comed lo que os presenten. La verdadera mortificación la constituye el comer lo que es bueno sin complacerse en ello; comer lo que es malo sin manifestar disgusto, y mostrarse tan indiferente a lo uno como a lo otro. No bebía sino poco vino, y este mezclado

con bastante agua; ni comía comúnmente sino manjares ordinarios, si no era cuando tenía huéspedes, y aun entonces los bocados delicados los pasaba a los convidados, o los guardaba en el plato para enviarlos a los pobres enfermos. ¿Imitas al suavísimo san Francisco de Sales en este punto, alma devota, alma devota, o eres tal vez, a pesar de haber sido pecadora, de las que se espantan al solo nombre de mortificación? Pues sábetelo que solo hay dos caminos para ir al cielo: el de la inocencia o el de la penitencia. ¿Eres inocente? Y si no lo eres, ¿eres penitente? ¿No quieres ir al cielo? Resuelve u mortifícate.

Punto segundo. Mas no paraba aquí la mortificación del Santo. Tan mortificado del Santo. Tan mortificado en todo lo demás como en su alimento, evitaba todo lo que podía parecer sensualidad o lujo. Tomaba los vestidos que le daban sus criados, sin preferir unos a otros. Rehusó las sábanas finas que le dieron en la abadía de Sixt, y que habían ido a buscar dos leguas de distancia, y mandó le pusieran las ordinarias que usaba la Comunidad. No se calentaba casi nunca, y soportaba alegremente los mayores fríos y calores. Desafiaba las lluvias, nieves y vientos en sus viajes; cuando llegaba a las posadas sufría los malos alojamientos, alimentos y todas las incomodidades, repitiendo su expresión favorita con mucha gracia: “Nunca estoy mejor que cuando no estoy bien”. Dormía poco, no desperdiciaba nunca el tiempo, y no conocía ni el fastidio ni el juego. Nunca se recreaba sino por condescendencia o motivos de salud prescritos por el médico. Si iba a pasearse al campo, aprovechaba la ocasión de hablar cosas santas con los aldeanos, recibiendo en cambio con sencillez y satisfacción sus humildes ofrendas. Con frecuencia tomaba disciplina hasta derramar sangre, para conservar la castidad, noble virtud, decía, que conserva nuestras almas blancas como azucenas, puras como el sol, y que consagra nuestros cuerpos y nos da la felicidad de ser todos de Dios.

Mas todas estas penitencias eran casi nada comparadas con aquella mortificación constante que se había impuesto de conservar siempre todo lo exterior con la modestia, decencia y decoro el más perfecto, exacto y puntual, y sobre todo con la mortificación interior, verdadero martirio por el cual se inmolaba todo entero a su Dios. Esta era, según el Santo, la primera y principal mortificación, porque encierra el sacrificio del juicio, de la voluntad y del amor propio; es aquel no pedir nada, ni desear nada, ni rehusar nada, llevado por el Santo hasta el heroísmo. Mortificaba su espíritu prohibiéndole toda clase de imaginaciones o pensamientos vanos o inútiles: mortificaba su juicio evitando la tenacidad en sus ideas y la obstinación en sus sentimientos, prefiriendo siempre el juicio de los demás al suyo propio, a no ser en asuntos muy graves de su cargo episcopal. Mortificaba sobre todo su voluntad. Todos los días, escribía, “aprendo a no hacer mi voluntad y hacer lo que no quiero”. En esto está toda la virtud. “Al demonio poco le importa, escribía a uno de sus penitentes, que desgarréis vuestro cuerpo con tal que hagáis vuestra propia voluntad; porque no teme la austeridad sino la obediencia; ninguna austeridad vale tanto como el sacrificio de vuestra voluntad, siempre sumisa y continuamente obediente. ¡Cuántos ayunadores se han perdido! Mas obedientes ni uno solo. La obediencia es todo delante de Dios. Por lo que a mí toca, no conozco más que el cántico del Cordero, que algunos quizá encontrarán un poco triste, pero que es armonioso y dulce para el corazón: Padre mío, que se haga no como yo quiero, sino como Vos queréis. ¡Oh! Que siempre nuestros corazones estén unidos al suyo y nuestras voluntades a su benelácito. Amén”.

Punto tercero. Mas el sello de la verdadera y sólida virtud lo ponía el Santo en el vencimiento propio, en mortificar sus malas inclinaciones y rectificar su carácter malo, porque nunca se podrá fiar, decía el Santo, en aquellas virtudes de las personas, más aparentes que reales, que no las han adquirido con la punta de la espada del vencimiento de sí mismo. Por eso advertía que cabe ser muy devoto y muy malo: muy devoto, si se reza mucho, se tiene fe, misericordia, etc.: y muy malo si con todo esto se conserva el orgullo, envidia, odio y otras pasiones. El Santo es buen ejemplo de esta verdad. “Tengo, decía, dos pasiones que me han costado mucho dominar, a saber: el amor y la cólera”.

Triunfó del amor cambiando de objeto, dirigiéndolo enteramente a Dios. Triunfó de la cólera, sujetando su corazón con las dos manos, como decía, para contener la impetuosidad de su carácter. Con este esfuerzo, después de más de veinte años de lucha constante, de tal suerte se venció que le obedecían sus pasiones como esclavas, y no se reconocía en él ninguna huella de su carácter colérico, de modo que llegó a ser el Santo más dulce, manso y amable del mundo. La gracia le dio esta heroica victoria, porque según máxima del Santo: Cuanto más mortificamos las pasiones e inclinaciones naturales, tanto más atraemos las inspiraciones sobrenaturales. “Yo quiero pocas cosas, decía, y aun lo que quiero lo quiero muy poco: no tengo casi deseos, y si volviera a nacer no tendría ninguno. Si Dios viniera a mí, iría también yo a Él: si no venía, me mantendría allí, sin pedir nada, ni rehusar nada, sin entretenerme con ningún deseo, sino queriendo lo que Dios quiere”. Esta doctrina inculcaba el Santo a sus hijas: “Es preciso, les decía, renunciar a todo: primero los bienes exteriores, como las casas y propiedades, los parientes, amigos conocidos; luego los bienes del cuerpo, como la salud, hermosura, las comodidades y goces de los sentidos; después a los bienes imaginarios que dependen de la opinión de otros, como son la gloria, honor y reputación, y por último a los bienes del corazón, que son los consuelos espirituales. Es preciso entregar todo esto en manos de Nuestro Señor, para que Dios disponga de ello como le agrade, y servirle con estos bienes igualmente que sin ellos, y esta renuncia se debe hacer no por desprecio, sino solo por puro amor de Dios... Jamás se llegará a la perfección mientras se tenga algún afecto, aunque sea el más pequeño, a alguna imperfección, aunque no sea más que un pensamiento inútil: no se puede creer cuanto mal causa esto en un alma... Nuestros afectos son preciosos siempre que sean empleados todos en amar a Dios, y así es preciso tener cuidado de no emplearlos en cosas inútiles; una falta por pequeña que sea hecha con afecto, es más contraria a la perfección que otras ciento hechas por sorpresa y sin este afecto”

Y ¿cuál es tu mortificación, devoto del Santo? ¿Mortificas tu cuerpo? ¿Te mortificas en el comer, beber, dormir, vestir? Sobre todo, ¿te vences a ti mismo? Tanto aprovecharás cuanto te hagas violencia. Mira que el reino de los cielos padece violencia, y solo los que se la hacen lo arrebatan. Vécete a ti mismo, vence tus pasiones desordenadas, vence tu genio altivo, colérico, malo y serás feliz, tendrás la verdadera paz y sólida virtud; si no te vences serás vencido y serás juguete de tus vicios ignominiosos.

Propósito. Señor mío Jesucristo, con la ayuda de vuestra gracia propongo negarme a mí mismo en todas las cosas, tomar mi cruz cada día y seguirte hasta la muerte.

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

DIA TERCERO

Por la señal, etc. y Oraciones.

Fe y esperanza del Santo

Punto primero. La fe del Santo era viva, verdadera, íntegra y universal. Toda su gloria la ponía Francisco en abatir su espíritu y su corazón ante la verdad de Dios, que nos revela lo que debemos creer, y ante la autoridad de la Iglesia, intérprete único y fiel de la revelación divina. Amaba Francisco esta sumisión justa y racional de su espíritu, y agradecía a Dios dicha incomparable de la fe, que le libraba de las volubilidades, tinieblas y extravíos del espíritu propio. “Siento en mí, decía, tan vivos transportes de amor por la fe, que toda mi vida he deseado morir por ella, y esto es lo que me ha llevado diversas veces a Ginebra en medio de los herejes que atentaban contra mi vida”. Daba gracias muy rendidas a Dios porque había podido leer los libros de los herejes para refutarlos, sin sentir el menor menoscabo en su fe, de modo que a medida que vivía en medio de los que estaban privados de la luz de la fe, veía más su grandeza, su claridad y su suavidad. Dios le había comunicado el don de la fe, y abarcaba sus verdades con una simple vista, con una certeza y gusto incomparables. “¡Oh Dios! escribía, mi alma no encuentra nada difícil de creer entre los afectos del divino amor; la belleza de vuestra fe me parece tan arrebatadora que muero de amor por ella. ¡Oh, cuántas delicias comunica al alma la luz de la fe muestra con certeza incomparable no solo el origen y destino de las criaturas, sino el nacimiento del Verbo Divino, que con el Padre y Espíritu Santo es un solo Dios adorable y bendito por los siglos de los siglos”. Tenía el Santo gracia muy especial para explicar los misterios de nuestra santa fe, y con esto atraer a ella a las almas extraviadas; en afirmar a los espíritus vacilantes, en consolar y calmar a las personas tentadas contra la fe. Como santa Teresa de Jesús, aseguraba que donde el entendimiento encuentra más obscuridad, la fe tiene más brillo. En las tentaciones contra la fe enseñaba que hemos de vencer huyendo, más bien que razonando o discutiendo, y atacando al enemigo por la espalda, no por frente, haciendo afectos de la voluntad, diciendo: “¡Viva Jesús en quien creo! ¡Viva la santa Iglesia a la que me someto! ¡Oh Iglesia Santa, Madre de los hijos de Dios! Jamás me separaré de Vos. Quiero morir en vuestro seno. Creo, Señor; aumentad mi fe” Mas no solo el Santo tenía fe viva, sino que vivía de ella y según ella, esto es, obraba en todo con espíritu de fe, y no según el sentido humano.

“Debemos, decía, tomar la fe por regla de nuestros pensamientos, palabras y obras, guiándonos constantemente por ella, como los israelitas en el desierto por la columna de fuego. Hemos de aplicar a nuestra conducta las máximas de Jesucristo, de su Evangelio y de sus Santos”. No quería que se tomase una cosa porque gustara, ni se dejase de tomar porque disgustara; pues esto era lo que él llamaba vivir según la carne y los sentidos y no según la fe. “Si una persona, decía, que es muy dulce y agradable, me ama y me sirve, el quererla únicamente por esto, es amar según la carne y los sentidos; porque los animales que no tienen más guía que la carne y los sentidos, aman a sus bienhechores y a los que los tratan con dulzura y cariño. Pero si una persona es brusca, poco cortés, y me acerco a ella sin embargo, y le demuestro afecto y le hago algún servicio, no porque tenga placer en ello, sino porque tal es el beneplácito de Dios; esto es obrar en espíritu de fe. Si estoy triste y no quiero hablar, hago lo que los loros. Si estoy triste y porque la caridad quiere que hable lo hago, esto es vivir de la fe. Me veo despreciado y me disgusto: los pavos y los monos hacen

lo mismo. Si me veo despreciado y me alegro, imito a los Apóstoles. Vivir, pues de la fe, es hacer nuestras acciones, hablar y pensar como el espíritu de fe requiere de nosotros. El alma, apoyada en el espíritu de fe, se alienta en medio de las dificultades, porque sabe que Dios ama, tolera y socorre a los miserables que esperan en Él; se une a Dios y dice con frecuencia que todo lo que no es Dios es nada; que lo que no es para la eternidad, no es más que vanidad”.

¿Vivimos de fe y con espíritu de fe, o nos dejamos llevar tan solo de las impresiones de los sentidos, y nos desviamos de la recta razón y de la justicia?

Punto segundo. Si tan viva era la fe del santo, lo debía ser su esperanza también. La esperanza cristiana tiene dos partes; una que nos mueve a esperar la posesión de Dios en el cielo mediante su gracia y nuestras buenas obras; otra que nos mueve a descansar en la Providencia de Dios con un abandono filial en medio de todos los reveses y vaivenes de la vida, y esto se llama confianza. El Santo consideraba a esta tierra como un lugar de destierro, aspiraba con toda su alma a los bienes de la vida futura, y se complacía en repetir con el Profeta: “¡Oh, cuánto se prolonga mi destierro! Mi alma desfallece lejos de mi Patria. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte? ¿Qué es todo lo que pasa comparado con la eternidad? Todos los días mi alma se enciende en el amor y estimación de las cosas eternas. Mirando a este mundo y sus falsos bienes deshacerse ante nuestros ojos comprendemos el mal que hacemos en poner nuestros afectos y esperar los contentos fuera de Dios y de su eternidad”. Con esta esperanza de la eternidad consolaba el Santo a todos los que habían perdido algunos de los suyos. “Sí, el paso, decía de nuestros amigos a una vida mejor, debe causarnos alegría, porque tiene por objeto poblar el cielo, y aumentar la gloria de nuestro Rey: un día llegará y no lejano, en que vayamos a reunirnos con ellos, y entre tanto aprendamos cuidadosamente el cántico del santo amor, para que lo cantemos con más perfección en la eternidad. Bienaventurados los que no ponen su confianza en la vida presente, y no la consideran sino como un puente para pasar a la vida celestial, en la que solo debemos colocar nuestra esperanza. No hay nadie que tenga un corazón más tierno para la amistad que yo, y que sienta más vivamente las separaciones; y no obstante, estoy tan poco asido a la vanidad de esta vida, que nunca me vuelvo a Dios con más amor que cuando me ha herido. Es preciso elevar nuestro corazón al cielo y vivir solo por Dios. ¿Cuándo nos consumirá el divino amor para hacernos morir enteramente a nosotros mismos y vivir solo para Dios? No ha de haber en nuestros corazones ninguna abertura sino la del lado del cielo para aspirar a Nuestro Señor”. A pesar de considerarse digno del infierno, el Santo confiaba en la misericordia de Dios de alcanzar el cielo. “¿Qué había de hacer Nuestro Señor de su vida eterna, escribía con gracia, si no la diera a las pobres, pequeñas y miserables criaturas como nosotros, cuya única esperanza es su soberana bondad? Sí, Dios mío, tengo la firme esperanza en medio de mi corazón que viviremos eternamente en Dios; estaremos un día todos juntos en el cielo: cobremos ánimo, pues, que luego subiremos allá. ¡Oh Dios mío! ¡Cuánto consuelo encuentro en la seguridad que tengo de que mi corazón estará eternamente abismado en el amor del Corazón de Jesús! Poco importa cuál sea el camino por donde a la Providencia le agrade conducirme, con tal que lleguemos al cielo” A un alma triste y afligida escribía el Santo: “Conviene que os hable de corazón a corazón, y os diga que quien tiene un verdadero deseo de servir a Dios Nuestro Señor y huir del pecado, no debe en ningún modo atormentarse con el pensamiento de la muerte y del juicio. Si se debe temer al uno y al otro, no debe ser con ese temor que abate y quita la energía al alma,

sino con un temor mezclado de confianza, y por lo tanto dulce. Dios nos ayudará si se lo pedimos, y si deseáis ser todo de Dios, esperad en Él. El que espera en Dios, jamás será confundido” Por esto decía con gracia, que para morir se necesitan dos almohadas: la de la confesión humilde de los pecados, y la de la confianza entera en la misericordia de Dios. “Poned, le dijo a la Madre Chantal, gravemente enferma: poned vuestra cabeza al pie de la cruz; manteneos allí llena de confianza y humildad para recibir los méritos de la sangre que allí destila”. La grandeza de nuestra esperanza en la vida eterna, debe hacer que apenas nos detengamos a considerar los acontecimientos de esta vida mortal.

Con el bien que espero comparados,
De recreo me sirven los cuidados.

Punto tercero. La confianza en Dios en todos los accidentes de la vida, era en el Santo grandísima. Penetrado de la consideración que Dios nuestro Padre tierno, amantísimo del bien de sus hijos, y que todo lo dispone para bien de los que lo aman, y de que todos los sucesos vienen colados por la mano paternal de su amorosa Providencia, sin la cual no cae ni un cabello de nuestra cabeza, descansaba en Dios con más confianza que lo puede hacer un niño en el regazo de su bondadosa madre. “Nuestro Señor, decía, me ha enseñado esta lección desde mi juventud, y si volviese a nacer quisiera dejarme gobernar hasta en las cosas más pequeñas por esta Divina Providencia, con una sencillez de niño y un profundo desprecio de toda la humana prudencia... Es para mí un gozo grande caminar con los ojos cerrados bajo la dirección de la Divina Providencia. Sus designios son impenetrables, pero siempre dulces y suaves para los que confían en ella. Dejémosla que conduzca nuestras almas, que es su barca, por el mar proceloso de la vida, que Ella nos llevará al puerto de salvación... Felices los que confían en Aquel que puede como Dios y quiere como Padre darnos todo lo que nos conviene. Desgraciados, al contrario los que ponen su confianza en la criatura, porque lo prometen todo, da poco, y hace pagar muy caro lo poco que da... Permaneced, escribía en paz en los dulces brazos de la Providencia. Nunca perecerá el niño que se mantiene firme en los brazos de su Padre poderoso, no solamente en medio de la dulzura y de la paz, cosa que todos saben hacerlo, sino entre las tempestades y borrascas, escribía, pero la espero alegremente, porque miro la Providencia de Dios y espero que esta tormenta será para mi mayor gloria y mi tranquilidad, y esta esperanza me llena de consuelo. Aunque el cielo se arme contra mí, aunque la tierra y los elementos choquen contra mí, y todas las criaturas me declaren la guerra, no temo nada. Me basta saber que estoy con Dios y que Dios está conmigo”.

Por esta confianza explicaba el Santo su firmeza.

“Cuando se tiene confianza en Dios, decía, sin separarse jamás de Él, tan igual y constante, no se puede variar nunca: esta confianza en Dios que no se muda, es el polo fijo sobre el cual ruedan todos mis deseos y pensamientos... ¿no debemos dejar la vida y cuanto somos a disposición de tan adorable Providencia? No nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a Aquel que para hacernos suyos ha querido de una manera tan amorosa ser enteramente nuestro” Siempre que tenía que emprender algún negocio que creía era del beneplácito de Dios, empezaba por colocarlo bajo la dirección de su Providencia, y no dudaba de su buen éxito, y cuando más desesperado aparecía a los ojos de la prudencia humana, más confiaba en la divina. No obstante, ponía de su parte todos los medios para lograr el fin, y era su

máxima que cuando Dios nos confía un negocio es necesario continuarlo hasta el fin, a pesar de todas las dificultades, y no abandonarlo jamás. “Cuanto más débil me siento más pongo mi confianza en Dios, y estoy cierto de que llegada la ocasión, Dios me revestirá de su fuerza y devorará a mis enemigos como si fuesen corderillos... La Providencia no difiere su socorro sino para provocar nuestra confianza, para detenernos a su lado, y darnos ocasión de que le instemos con una amorosa violencia”. Oigamos, por fin, con qué eficacia persuadía la confianza en Dios: “Aunque venga la tempestad y la borrasca, escribía a una de sus hijas, no pereceréis, porque estáis con Jesús. ¡Oh Salvador mío! salvadme. Él os tendrá en la mano, estrechadla bien y continuad alegremente; sin reflexionar sobre vuestro mal. En tanto que Pedro tuvo confianza, la tempestad no pudo sumergirle; pero así que temió se sumergió. El miedo es un mal más grande que el mismo mal que le causa. Es pretender demasiado el querer que ninguna hoja de vuestro árbol se mueva: debe bastarnos que permanezca profundamente arraigada. Si dais alguna caída, postraos ante Dios para decir en espíritu de confianza y humildad: Misericordia, Señor, porque estoy enferma. Levantaos luego en paz y seguid adelante, desterrando toda desconfianza, con el pensamiento de que Dios es más misericordioso que nosotros miserables. Sufrid sin turbación la privación de todos los gustos sensibles, pues un acto solo hecho con sequedad vale más que muchos hechos con gran ternura, con tal que se haga con un amor más fuerte, aunque menos agradable. En fin, abandonad todo vuestro ser completamente en manos de la Providencia en medio de los accidentes de la vida y aun en presencia de la muerte. Dios os ha guardado hasta ahora; asíos a la mano de la Providencia. Ella os asistirá y por donde no podáis caminar os llevará en sus brazos. No penséis en lo que os sucederá mañana, porque el Padre Eterno que ha tenido cuidado de vos hoy, lo tendrá mañana y siempre, y no os enviará el mal, o si os lo envía, os dará un valor invisible para sufrirlo. Si experimentáis los asaltos de las tentaciones, no deseéis ser libertada de ellas. Es bueno que las experimentemos para tener la ocasión de combatir las y de conseguir victoria: sirven además para hacernos practicar las más excelentes virtudes, y para establecerlas sólidamente en nuestras almas”. ¿Pueden darse razones más eficaces para persuadir el ejercicio de la confianza en Dios? ¿Cuándo viviremos según nuestra fe y esperanza? Enmendémonos.

Propósito. Con vuestra gracia, Dios mío, propongo siempre amaros y serviros con fidelidad todos los días de mi vida.

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

DIA CUARTO

Por la señal, etc. y Oraciones.

Amor del Santo a Dios.

Punto primero. Es la vida del Santo Obispo Francisco de Sales una vida de amor. Ya nos lo dijo él mismo que las pasiones que le hacían más cruda guerra eran el amor y la cólera. Y así como venciendo la cólera fue el Santo más dulce de su tiempo, así venciendo el amor fue uno de los Santos más amables y más abrasados en el amor purísimo de Dios. Bastábale al Santo que Dios fuese tan bueno para amarle, aunque no hubiese tenido que esperar de Él ninguna recompensa. La bondad, la belleza, las infinitas perfecciones de Dios arrebatában el amor de Francisco. Huía hasta de la apariencia de pecado, porque disgustaba a Dios. A la

manera que la paloma de los Cánticos, hacía su morada a la orilla de las aguas para ver de lejos en ellas la sombra de las aves de rapiña volando, y se ocultaba en su retiro apenas descubría esta sombra. Mas no le bastaba al santo evitar todo lo que desagradaba a Dios, sino que buscaba siempre los medios que más le agradasen, y estaba resuelto a ponerlos en práctica aunque no le hubiese costado la vida.

Todo estaba tan arreglado, tan tranquilo, y la luz de Dios se reflejaban con tanta claridad en la hermosa alma de Francisco, más pura que el sol y más blanca que la nieve, que veía hasta los menores átomos de sus movimientos: nunca consentía en sí voluntariamente lo que comprendía era menos perfecto, porque su subido amor a Dios no se lo permitía... “Es preciso, decía, ligar nuestros afectos y pasiones, todas nuestras inclinaciones y aversiones con la cadena de oro del santo amor. Si reconociese en mi corazón, añadía, la menor fibra que no estuviese penetrada del amor de mi Dios, la arrancaría al instante, ¡Ah! que me arranquen el corazón si no lo he de emplear rodo entero en amar a Dios. ¡O amar o morir! porque la vida sin amor es peor que la muerte. Morir a todo otro amor para vivir solo al amor de Jesús y poder cantar eternamente: Yo amo a Jesús. ¡Viva Jesús!”. Una de sus máximas era que la verdadera señal del amor divino es amar igualmente Dios en todas las cosas, porque siendo siempre igual en sí mismo este soberano Bien, la desigualdad de nuestro amor no puede venir sino la consideración de alguna cosa que no es Dios mismo. “Si no amásemos más que a Dios, la pobreza y las riquezas, la salud y la enfermedad, la muerte y la vida, todas las vicisitudes de este mundo nos serían indiferentes, porque las veríamos todas en Dios, que las ordena o permite con infinita sabiduría. ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo seréis conocido? ¿Cuándo seréis amado como merecéis? Es preciso o amar, o morir, o más bien morir para amar, es decir, morir a todo amor que no sea el de Jesús, y no vivir más que para Aquel que ha muerto para hacernos vivir eternamente en los brazos de su infinita bondad”.

¡Qué afectos tan abrasados en amor divino! ¿Cómo está nuestro corazón? ¿Ama a Dios como el de Francisco, o para todo tenemos amor de sobras menos para nuestro Dios, Bondad infinita?

PUNTO segundo. “Los que aman a Dios -dice el Santo- no pueden cesar de pensar en Él, de respirar por Él, de aspirar a Él, de hablar de Él, y quisieran, si fuera posible, grabar en todos los corazones el santo nombre de Jesús”. Por esto el Santo, de día y de noche, no vivía más que de amor y por amor de Dios. El móvil de sus acciones no era ganar el cielo o evitar el infierno, sino puro amor de Dios. “Haced mucho por Dios -escribía- y no hagáis nada sin amor. Aplicadlo todo a este amor; comed y bebed por amor”. El temor de los castigos no se mezclaba para nada en el amor del Santo, y si temía a Dios era por amor, como un amigo que teme disgustar a su amigo. Amar por temor es poner hiel en el alimento o vinagre en la bebida: temer por amor es poner azúcar en el acíbar. La vida del Santo era un ejercicio continuo de amor, porque según su máxima: “Todo lo que se hace por amor es amor: el trabajo, el cansancio y la muerte misma no son más que amor si se sufren por amor” Por esto lo mismo cuando hablaba en público que en particular, todos los que le veían y oían se sentían embalsamados de la suavidad del amor divino que ardía en su pecho, y bullía en todo su exterior de soberana manera y excelencia.

Este amor era tan puro y desinteresado en el Santo, que tuvo un día el valor de decir a una persona, que le era muy amada: “Si Dios me mandase sacrificaros, como mandó a Abraham

que sacrificase a su hijo, lo haría al instante... Os amo tiernamente, pero si Dios me ordenase que os ahogara, lo haría resueltamente al instante". Deseaba morir mártir por el amor de Dios, pero de un martirio largo con los más horribles tormentos, para probar mejor su amor de Dios; y aún añadía: "¡Ay! Verdaderamente me parece que el paraíso estaría ente las penas del infierno, si el amor de Dios pudiera estar en aquel lugar; y los tormentos de los condenados me parecerían deseables si las llamas que los consumen fueran un fuego del divino amor. Todo me parece poco o nada fuera del amor de nuestro gran Dios, y aún considero como nada todos los contenidos celestiales, comparados con el amor de Dios". Sin embargo, gemía el ardoroso corazón del Santo, pareciéndole que aún no amaba bastante a su buen Dios. "No podríais imaginaros –escribe- el sentimiento que tengo de amar cada vez más. ¿Para qué vivimos sino es para amar a tan soberana bondad? ¡Ay! ¿Cuándo nos consumirá el amor divino para hacernos morir enteramente a nosotros mismos y vivir solo para Él? ¡Oh amor eterno! Mi alma os quiere y os elige por herencia... ¡Oh Dios mío! ¡Qué dicha y qué gloria estar unido a Vos con cadena de amor, arder en el mismo amor y en la misma fragua que Vos! ¡Ay! ¿Cuándo estaremos unidos a Vos, mi Dios, con unión perfecta? ¿Cuándo tendremos los corazones consumidos en vuestro amor? ¡Oh! ¡Cuánto deseo que estemos muy aniquilados para nosotros mismos a fin de vivir solo para Dios! ¿Qué es lo que pido a Dios sino el puro y santo amor de mi Salvador?" ¡Oh Santo amabilísimo! Abrasad, consumid y aniquilad nuestros corazones en el puro amor de Dios, como lo estaba vuestro puro corazón, para que no amemos sino a Dios y a todas las criaturas por su amor.

PUNTO TERCERO. "Todo por amor, nada por fuerza, si no es por fuerza del amor de mi Dios. Para quien Dios es todo, el mundo es nada". Esta era su máxima, conforme a la del serafín de Asís, que decía: "Dios mío y todas las cosas", y a la del serafín del Carmelo: ¿"Qué se me da a mí, de mí, Señor, sino de Vos? Todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios". Comentaba el Santo estas palabras diciendo: "Nada puede satisfacer en el mundo al que no se contenta con Dios; porque a aquel corazón que lo bastante no basta, ¿qué le bastará? Solo Dios basta. El que tiene el amor de Dios, no tiene ya ni temor, ni alegría, ni esperanza, ni deseo, ni ánimo, sino para Dios, y todos sus movimientos están confundidos en este único amor celestial. ¡Oh qué buena cosa es no vivir más que en Dios, no trabajar sino por Dios, y no alegrarse sino en Dios! Sí, mi Dios, me parece que todo es nada para mí fuera de Vos, en quien y por quien amo más tiernamente a las almas". Por esto decían sus criados: "Nuestro señor no se anima sino por Dios, no se inquieta por lo que le sirven a la mesa, ni porque los manjares estén fríos o calientes, bien o mal guisados; pero no puede sufrir la menor ofensa a Dios".

"¡Qué hermoso sois, Amado mío! Exclamaba el Santo transportado de amor. ¡Qué hermoso sois! Bendito sea mi Dios para siempre, porque es bueno. ¡Poco me importa vivir o morir, porque soy demasiado feliz sabiendo que mi Dios es rico en toda suerte de bienes, y que su bondad es infinita!" ¡Ay! ¡Cómo se puede tener un corazón y no amar una bondad tan infinita!" Todas las obras del Santo, sus predicaciones, sus palabras, sus escritos, no predicaban otra cosa que amemos a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas. "La caridad -enseña el Santo- es la madre del celo que clama a su celestial Esposo mejor que Raquel a Jacob: Dadme hijos, o moriré. Sí, el amor da el valor a todas nuestras obras; no es, pues, por la grandeza y multiplicidad de las obras por lo que agradamos a Dios, sino por el amor con que las hacemos; sufrir una burla con dos onzas de amor de Dios, vale más sufrir el martirio con una onza del mismo amor. Cada uno se forma una perfección a su

modo: unos la cifran en las penitencias, otros en las limosnas, otros en la frecuencia de Sacramentos; mas no es así. Yo no conozco más perfección que amar a Dios con todo nuestro corazón y al prójimo como a nosotros mismos; todas las prácticas y las obras no son sino medios para llegar a la caridad, mas no la caridad misma, que es la única que forma la perfección". Mas, ¿cómo adquiriremos este amor? Responde el Santo: "Amando: no sé otra ciencia para llegar a amar que amando; cómo se aprende a estudiar, estudiando; a hablar, hablando; a trabajar, trabajando. Que empiecen los aprendices, y a fuerza de amar se harán maestros; que adelanten los maestros y nunca se crean llegando al fin. Desead siempre amar más y más y creceréis en este amor. Quien desea el amor lo busca, y quien lo busca lo halla. ¡Oh!, ¡cuánto debemos desear este amor y amar este deseo! La medida del amor sin medida". ¡Qué corazón!, ¡qué afectos!, ¡qué amor! Aprendamos de tan insigne amador a amar a Dios.

PROPÓSITO. Haré cada día a lo menos cincuenta actos de amor, porque encienden y enternecen el alma

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

DIA QUINTO

Por la señal, etc. y Oraciones.

AMOR A JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO. El amor del Santo a nuestro Señor Jesucristo nació y se robustecía principalmente de considerarlo como niño en su infancia, como paciente en su pasión, y como extremadamente amante en la Eucaristía. Toda la vida del Santo no fue más que el ejercicio de las virtudes de Jesucristo, a quien se representaba siempre presente, y procuraba imitarle con todo ahínco, y tanto se pareció esta copia al divino original, que era fama en su tiempo pregonada por todos los que le conocían, que Francisco de Sales era imagen viva, un retrato acabado del Salvador. Su divisa era: ¡Viva Jesús a quien yo amo! Este era como el grito continuo de su corazón herido en lo más íntimo por el amor del Salvador a los hombres: grito de guerra, de felicidad, de celo, de amor, que compendia todos los deseos de su corazón. Estas palabras: "¡Viva Jesús!" tenía con frecuencia en su boca; estas palabras "¡Viva Jesús!" se complacía su pluma en escribirlas en todas sus cartas. "Sí –decía- es preciso transportar buenamente nuestros corazones al reino de este Rey inmortal y de todos los corazones, Cristo Jesús, y no vivir más que para Jesús, ni desear que viva otro en las almas más que Jesús. Sigamos e imitemos en todo a Jesús, nuestro maestro y modelo. Si es necesario orar, oremos con Jesús; si dar limosna o consolar a los afligidos, hagámoslo con Jesús; si es necesario permanecer en soledad, o en medio del bullicio; si trabajar, sufrir, hagámoslo todo en unión con Jesús, representándonos a nuestro divino Salvador, diciéndole con una simple y amorosa mirada: "Sí, Jesús mío, quiero hacerlo como Vos, y unido a Vos".

El pensamiento, pues, y amor dominante de Francisco era Jesucristo. Si confería órdenes, se representaba a Jesucristo ordenando a los Apóstoles; al consolar a los enfermos, se representaba a Jesús visitando a la suegra de san Pedro y la hija de Jairo; si recibía visitas, se representaba a Jesús que con amor recibía a las turbas y a cuantos querían hablarle; en los

convites se representaba a Jesús en las bodas de Caná; al obedecer a sus padres, veía a Jesús obediente en la casa de Nazaret; cuando estaba solo, contemplaba a Jesús en el desierto; cuando perseguido, miraba a Jesús huyendo a Egipto; cuando estaba consolado, lo adoraba en el Tabor; triste, le acompañaba en el huerto o en el Calvario.

Todas las fiestas y misterios de Jesucristo eran para el corazón amante de Francisco una fuente de enseñanzas y consuelos, sobre todo en las fiestas de Navidad. “El gran recién nacido de Belén –escribía- sea para siempre las delicias y el amo de nuestros corazones. ¡Ah!, ¡cuán hermoso es el Niño de Belén! Quiero cien veces más ver a este pequeño Niño en el pesebre, que a todos los reyes en su trono... ¡Dios mío! ¡Cuán santos afectos hace nacer este misterio en nuestros corazones, sobre todo de renuncia de los bienes, riquezas y placeres de este mundo! No encuentro misterio que mezcle más suavemente la ternura con la austeridad, el amor con el rigor, la dulzura con la severidad. Vuestro nombre está escrito –escribía- en el fondo de este divino Corazón, que palpita sobre la paja por el ardiente deseo que tiene de vuestro adelantamiento: no exhaló un solo suspiro en el que no tengáis parte. Permaneced a los pies de este Salvador, diciendo con la Esposa de los Cantares: “He hallado al que ama mi alma; le tengo y no lo soltaré”. El Niño del pesebre no dice palabra y su corazón lleno de fervoroso amor por los nuestros, no se manifiesta sino con quejas, lágrimas y dulces miradas; pero, ¡qué grandes cosas no me dice su silencio!... Amemos al Niño de Belén con todo el corazón”.

PUNTO SEGUNDO. Pero no es menos tierno y ardoroso cuando habla el Santo del nombre de Jesús y de su pasión sagrada. “No tengo tiempo –escribe- sino para escribiros la gran palabra de nuestra salvación, *Jesús*. Pronunciad de lo íntimo del corazón este nombre sagrado de Jesús, y Él derramará en todas las potencias de vuestra alma un bálsamo delicioso. ¡Qué felices seríamos si no tuviéramos en el entendimiento más que a Jesús, en la memoria más que a Jesús, en la voluntad más que a Jesús, y en la imaginación solo a Jesús! Procuremos pronunciar el Nombre de Jesús con la mayor devoción que podamos. ¡Dígnese este Divino niño Jesús impregnar nuestros corazones en su sangre, y perfumarlos con su santo nombre de Jesús, para que los buenos deseos que hemos concebido sean todos impregnados y perfumados! Mi corazón, oh Dios mío, os llama; mi mirada os desea: suspiro por vuestro rostro. Mantengamos fijos nuestros ojos en Jesucristo por la consideración; nuestra boca por las alabanzas y todo nuestro ser no aspire a otra cosa que a ser agradable a Jesús”. Su devoción a la Pasión sobresalía en dulces afectos. Todos los años se unía a la procesión de los penitentes el Jueves Santo e iba con los pies descalzos por la calle, considerándose víctima expiatoria, y al regresar tomaba disciplina. Gustaba contemplar la imagen del santo Sudario, y la tenía en su cuarto, gabinete, estudio, galería, etc. “Porque era el retrato –decía- de los padecimientos de Jesucristo trazado con su propia sangre, y nada hay que pueda alimentar tanto la piedad y el espíritu de fervor. Si nuestro Señor ha hecho tanto por nosotros, ¿qué no debemos hacer por Él? Si ha dado la vida por nosotros, ¿por qué no hemos de consumir la nuestra en su servicio y amor? Para siempre el día de la Pasión de Jesús sea el día amado de nuestro corazón. ¡Oh amor!, ¡qué doloroso eres! ¡Oh dolor!, ¡cuán amoroso eres! No hay aguijón tan poderoso para hacernos adelantar en amar a Jesús como la consideración de la pasión y muerte del Salvador. El monte Calvario es la verdadera escuela del amor; es el monte de los amantes. Allí es donde acuden las almas fieles a sacar la miel del amor en las llagas del León de la tribu de Judá. Todo amor que no tome su origen en la Pasión del Salvador es un amor frívolo y peligroso”.

“El otro día en la oración -escribía a la Madre Chantal- considerando el costado abierto de nuestro Señor y mirando su Corazón, me parecía que nuestros corazones estaban allí alrededor suyo, y le rendían homenaje como el soberano Rey de nuestro corazón. Permaneced siempre en el costado de nuestro Salvador...

¡Qué bueno es este Señor! ¡Qué amable su corazón! Permanezcamos en este santo asilo; que este corazón viva siempre en nuestros corazones, y que su sangre hierva siempre en las venas de nuestra alma”. Tenía un afecto especial al cuadro de la Magdalena a pie de la cruz, y lo llamaba la biblioteca de sus padecimientos. El Crucifijo era -según el santo- el verdadero libro del cristiano; recomendaba llevarlo encima, basarlo con amor a menudo, y mirarlo con respeto y ternura. “¡Qué bueno es –exclamaba- estar con Jesús crucificado! Quiero hacer en Él tres tiendas: una en sus manos, otra en sus pies, y la tercera en la llaga de su costado, donde quiero descansar y velar, leer y hablar, orar y hacerlo todo. ¡Oh!, si nuestro Señor nos ha amado hasta la muerte de cruz, ¿qué nos resta que hacer sino el morir de amor por Él, o a lo menos no vivir sino para Él? ¡Oh Señor! Es posible que el hombre sepa que habéis muerto por él y él, no viva por Vos”. ¿Cuándo dejaremos de ser ingratos y pérfidos con Jesús?

PUNTO TERCERO. La devoción a Jesús Sacramentado era en el Santo, si cabe, más tierna y afectuosa. Iba siempre a la bendición del santísimo Sacramento, y estaba allí arrodillado con una modestia y respeto tan profundo que edificaba a todos; inmóvil como una estatua, sin mirar. Al llevar el Santísimo Sacramento en las procesiones parecía un serafín, absorto y transportado en amor y adoración a su Dios. Celebraba todos los días la santa Misa, aun cuando fuese de viaje, y decía que hubiese estado disgustado todo el día si la hubiese omitido. Para celebrarla con más aparejo y aprovechamiento, él mismo se compuso un método especial, que observaba con gran fidelidad y devoción, y aprovechamiento de su alma amorosa y agradecida.

Predicaba, o hacía predicar todos los años, el domingo antes de *Corpus*, para invitar a su pueblo a que se preparase para tan grande festividad.

Durante toda la octava daba él mismo la bendición con el santísimo Sacramento, a fin de atraer más al pueblo a visitar al Señor Sacramentado.

Recomendaba siempre la Comunión frecuente, y extendió esta devoción de tal manera, que en su diócesis, y en especial en Annecy, la mayor parte de los fieles se aproximaban a la sagrada Mesa todos los domingos y días festivos, y los más relajados a lo menos en las fiestas solemnes. Para que los fieles mejor se preparasen y recibiesen mayor fruto de la sagrada Comunión, compuso el Santo diversos opúsculos, en los que se ve cómo su corazón arroja centellas de amor, admiración y reconocimiento al más amable de todos los misterios, al Amor de los amores, al milagro máximo del amor de Dios.

“Tu principal designio en la Comunión –escribe- ha de ser adelantar en el amor de Dios, arraigarle en tu alma y tener en Él tu consuelo; pues justo es que recibas por amor lo que solo el amor pudo hacer que se te diese. Es imposible considerar a nuestro Salvador en una acción más tierna ni más amorosa que en la Comunión, porque en ella se anonada y se hace

comida para penetrar nuestras almas y unirse más íntimamente con los corazones y cuerpos de los fieles. Dos clases de personas deben comulgar a menudo: los perfectos, porque están bien dispuestos; y los imperfectos, para tener justo derecho de aspirar a ella; los fuertes, por no debilitarse, y los débiles, para fortalecerse; los que tienen pocos negocios mundanos, porque tienen comodidad para ello, y los que están entre muchos negocios del mundo, porque tienen necesidad, pues quien trabaja y se fatiga mucho necesita comer manjares sustanciosos y a menudo... Aunque me hallo un poco cansado del cuerpo -decía el santo- después de llevar el Santísimo; pero de corazón y de espíritu, ¡cuán bien estoy después de haber llevado en mi pecho y sobre mi corazón un remedio tan divino! ¡Ay! Si hubiera tenido mi corazón bien abatido por la humildad, hubiera atraído a mí a este divino Salvador, que ama tanto esa virtud que se lanza donde quiera que la descubre. ¡Dios mío, cuánto me he conmovido al oír cantar: los gorriones tienen un asilo y las tórtolas un nido donde poner sus hijuelos! ¡Oh Reina del cielo!, me he dicho entonces. ¡Oh María, casta tortolilla, vuestro Polluelo tiene por nido mi pecho! ¡Cuánto me han impresionado también estas palabras de los Cánticos: *Mi Amado es todo mío y yo todo suyo! ¡Él mora en mi seno!* Y estas otras que Jesús parecía dirigirme: *Ponme como un sello sobre tu corazón.* Y en efecto, era allí sobre mi corazón donde yo tenía al buen Jesús, al Amado de mi alma. Bendito sea por los siglos de los siglos. Amén.

PROPÓSITO. Haré cada día a lo menos cincuenta actos de amor, porque encienden y enternecen el alma

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

DIA SEXTO

Por la señal, etc. y Oraciones.

AMOR DEL PRÓJIMO Y CELO POR SU SALVACIÓN.

PUNTO PRIMERO. El amor de san Francisco al prójimo no era natural o humano, sino sobrenatural en su principio y en su objeto, porque procedía del amor de Dios y era el mismo Dios y su hijo Jesucristo a quien veía y amaba en todos los hombres. “Me parece – decía- que no amo nada en todo más que a Dios y a todos los hombres por Dios, y que todo lo que no es Dios o por Dios es para mí nada... ¡Oh, cuándo veremos al prójimo en el pecho del Salvador! El que lo mira fuera de este lugar corre peligro de no amarle pura, constante e igualmente. Pero allí, en el pecho del Salvador, ¿quién no lo amará?, ¿quién no lo tolerará?, ¿quién no sufrirá sus imperfecciones?, ¿quién le encontrará con poca gracia o fastidioso, cuando se le ve en este pecho sagrado tan amado y tan amable que Dios Salvador muere de amor por él? Mientras el amor del prójimo se limita a su naturaleza no tiene ni bondad ni hermosura; pero así que es expuesto al sol del amor de Dios y santificado con su espíritu, que es caridad, se manifiesta en toda su perfección, socorriendo al prójimo con palabras, obras y ejemplos; proveyendo a todas sus necesidades cuanto puede, alegrándose de su dicha, espiritual sobre todo; deseándolo los bienes de la gracia y procurándoselos con gran afecto, pero sin inquietud de espíritu”. Servir y socorrer al prójimo tanto espiritual como corporalmente era el continuo ejercicio del Santo. Las penas, los trabajos, las incomodidades, los mayores peligros no eran nada para el Santo. “Yo le he dado – exclamaba- a mi prójimo toda mi persona, mis medios, mis aficiones para que se sirva de

ellos según sus necesidades. Diez años de vida más o menos no son nada para ayudarlo". El Santo amaba con cariño singular a todos sus amigos, y lo que más temía, después de la ofensa de Dios, era disgustarlos. "No hay nadie en el mundo que tenga el corazón más tierno y lleno de afecto por sus amigos que yo ni que experimente más vivo sentimiento por su separación". Con sus enemigos se vengaba haciéndoles todo el bien posible. "No sé —decía— cómo tengo formado el corazón, pero experimento tanto placer, siento una suavidad tan deliciosa y tan particular en amar a mis enemigos, que si Dios me hubiera prohibido amarlos me hubiera costado trabajo obedecer... ¿Quién no amaré a este querido enemigo por quien Jesucristo ha vivido y muerto en una cruz?" Vivía con todos el Santo en perfecta paz. "Me cuesta menos trabajo, decía, condescender con la voluntad de los otros, que atraerlos a los que yo quiero". A todos recibía con agrado, sin dejar entrever la menor señal de disgusto e impaciencia. A veces se encontraba asediado por veinte o treinta importunos, en especial mujeres, que eran las que más abusaban de su bondad, acudiendo en gran número a consultarle. A los que murmuraban de esto decíales: "¿Acaso os parece poco dejar a las mujeres que lo digan todo?" Necesitan más que haya oídos que las oigan que lenguas que les hablen. Dicen bastantes por ellas y por mí; y sin duda esta facilidad que tengo en escucharlas hace que se apresuren a venir a mí, porque nada agrada tanto a un charlatán como un paciente oyente". Sobre todo visitaba y consolaba a los enfermos como una tierna madre. Decíales cortas jaculatorias: "¡Dios mío!, que se haga vuestra voluntad y no la mía. Dios y Padre mío, en vuestras manos entrego mi alma, mi salud y mi vida; me entrego a Vos; os amo y me arrepiento de no haberos amado siempre... Los Ángeles no nos envidian más que una cosa, y es que podemos sufrir por Nuestro Señor... Yo nunca estoy más contento en mis enfermedades que cuando veo a los míos que toman mucho trabajo asistiéndome, porque entonces me digo: Si hacen todo esto por Dios, como quiero creer que lo hacen, ¡cuántos méritos amontonan!, ¡qué hermosa recompensa les espera en el cielo! Y con consideración me parecen más dignos de envidia que de compasión". ¿Amamos al prójimo como el Santo? Enmendémonos.

PUNTO SEGUNDO. San Francisco de Sales no hacía distinción entre grandes y pequeños, entre pobres y ricos: los rústicos, groseros, aldeanos, mal vestidos eran todos bien recibidos por él. No podía sufrir que se hiciesen esperar a los que iban a despachar negocios. "Los pequeños negocios,—decía— son grandes para los pobres, y además no es pequeño negocio consolar a un alma redimida con la sangre de Jesucristo... Soy deudor a todos... y lo que llamáis tonterías, es grave para estas pobres gentes".

Uno de sus mayores gozos era oír a los pobres darle el título de padre: "Más placer me causa esto —añadía— que los que me hacen cumplidos llamándome monseñor". Aceptaba lo que le daban de comer, y se lo guardaba para comerlo en la mesa; y los socorría vendiendo sus alhajas, y dándoles sus vestidos hasta los interiores de su uso. "No os irritéis, amigo mí,—decía el Santo a su guardarropa, que se quejaba del despilfarro de su amo—; estos vestidos son más de los pobres que míos, porque tienen más necesidad que yo". Su palacio era la posada de todos los sacerdotes y religiosos, a quienes ofrecía además un afecto fraternal; pagaba a veces el aprendizaje de algún oficio a jóvenes, colocaba las doncellas al servicio de algunas señoras viudas o les proporcionaba dote para casarse o entrar religiosas. Socorría con largueza a los pobres vergonzantes y visitaba todas las semanas las cárceles y hospitales, aliviando y consolando a los pobrecitos y cuidando que se confesasen y comulgasen. "Dejadme, decía, los malos olores de los pobres son para mí rosas". Disculpaba a todos.

“¡Ay!, -exclamaba- ¡es tan grande la miseria humana! Es preciso tener compasión y no desesperar nunca de la conversión de nadie”. Prestaba y daba dinero a los necesitados a pesar de sus pocas rentas, confiando siempre en la paternal providencia de Dios, que no permitiría que llegase a faltar lo necesario a quien le sirve, como siempre lo experimentó. Pero su caridad se descubría más aún en tolerar los defectos del prójimo. “Es preciso-decía- que los hombres tengan paciencia unos con otros, y los más valientes son los que mejor os toleran. Es una gran parte de nuestra perfección tolerarnos mutuamente nuestras imperfecciones, y el amor del prójimo en nada puede ejercitarse mejor que en esta tolerancia... Es fácil amar a los que tienen un carácter amable y complaciente; pero amar a los que lo tienen molesto y desagradable es la verdadera piedra de toque de la caridad... Es preciso tener un corazón dulce y bueno con el prójimo, particularmente cuando nos es molesto y nos disgusta, porque entonces no tenemos en él nada que nos lo haga amar, sino el respeto del Salvador que hace en esta ocasión el amor más excelente, porque es más limpio y purificado de todo lo que es caduco”. Por esto insistía tanto el Santo en las virtudes más prácticas y menos practicadas, cuales son: la cordialidad, la paciencia, la afabilidad, la bondad, la condescendencia, la tolerancia de los defectos del prójimo. “Es una ilusión-enseñaba- imaginar que se pueden hacer grandes cosas para el prójimo, cuando no se sabe tolerar los genios bruscos, desatentos, y sobre todo la importunidad de algunas personas, que en cosas de nada vienen a molestarnos fuera de tiempo e inoportunamente”.

Fiel a estos principios Francisco toleraba los defectos de todos, se acomodaba al carácter de cada uno, gustoso conversaba con las personas más groseras y de baja condición, sin desdeñar a nadie por pobre y miserable que fuese. Finalmente, sufría a todos sin hacer nunca sufrir a nadie, y recomendaba a todos hicieran lo mismo. Siempre se inclinaba a la caridad. “No me pidáis consejo para esto -escribía a la Madre Chantal- porque soy parcial por la caridad... Si una falta tuviera cien caras la habíamos de mirar por el lado mejor... ¡Oh qué grande es miseria humana! ¡Qué violentas son a veces las tentaciones! ¡Qué momentos tan tristes tiene el corazón humano! ¡Ah! sin la gracia que nos ha preservado y sostenido, hubiéramos hecho cosas peores. ¡Oh miseria humana, miseria humana! ¿Y qué otra cosa podemos temer de nosotros sino caídas? ¿Quién sabe si se convertirán y serán unos grandes santos?... Es maravilla -añadía- se tenga tanta caridad con la castidad, y se tenga tan poca castidad de la caridad, que es la madre, reina y alma de todas las virtudes”. No quería el Santo que nadie se turbase con las palabras inoportunas que se oyen a veces en sociedad. “Quedaos en paz con todo lo que se dice o hace -escribía- porque si es bueno tenéis motivo de alabar a Dios, y si es malo tenéis motivo de servirle, apartando de ello vuestro corazón, porque no podéis hacer otra cosa. Obrando así permaneceréis inocente entre los silbos de la serpiente”.

PUNTO TERCERO. La perfección de la caridad es el celo de la salvación de las almas, y Francisco sobresalía tal vez más por su celo que por su dulzura, y eso que era esta tan grande. No podía pensar el Santo en la desgracia de los pecadores o en el peligro de las almas que se relajan en la virtud sin sentir su corazón traspasado de pena: esto le hacía suspirar, y gemir y llorar día y noche: “¡Oh Señor -decía- haced que estos ciegos vean, que estos enfermos sanen; convertidlos y serán convertidos!”. En la época de Carnaval escribía: “Aquí me tenéis sumido en este triste tiempo. Tengo el corazón abismado de dolor viendo tantas almas que se descuidan de sus deberes. Estos dos últimos domingos las Comuniones se han reducido a la mitad, y todo por seguir la vanidad; ¡oh qué sensible me es esta

deserción!” Lloraba la perdición de las almas, sobre todo de su Ginebra infiel. “Dadme las almas –repetía- que yo no deseo más que eso”. Cuando convertía a un pecador era su mayor gozo. “¡Oh qué consuelo me ha causado –escribía- la conversión de un gran número de almas! He hecho la recolección con lágrimas, en parte de alegría, en parte de amor, en medio de mis queridos penitentes. Estos días han sido para mí preciosísimo oro”. Su dicha mayor hubiera sido morir por la conversión de las almas. “No temáis importunarme- escribía- he sacrificado mi vida y mi alma a Dios y a su Iglesia, y, ¿qué importa que me incomode con tal de que pueda hacer algo para la salvación de las almas? Por la caridad no hay pena que no sea muy amada”. La alegría suprema que se puede tener en este mundo, según el Santo, es ganar un alma a Dios. Preferiría dejar mil mitras, si las tuviera, que el cuidado de los pecadores. Bajaba del caballo en sus viajes para confesar y consolar en medio del campo a los que se lo pedían o estaban necesitados. A los condenados a muerte consolaba diciéndoles que vale más morir amando a Dios que vivir ofendiéndole. Más de setenta y dos mil herejes convertidos fueron el premio de este celo apostólico. La santificación de los sacerdotes, que era a sus ojos la primera condición de la reforma del pueblo, fue objeto preferente de su celo, logrando que el clero de sus diócesis fuese el más ejemplar de la Iglesia. Multitud de personas de todas partes y condiciones acudían al Santo con sus cartas y consultas, lo que le hacía exclamar: “Son tantos los hijos que se arrojan en mis brazos, que perderé la fuerza si el amor de Dios no me aumenta el vigor”. De este celo nacieron tantos escritos del Santo para evangelizar a los que no podía llegar su palabra, tantas visitas pastorales, tantas excursiones apostólicas. Nunca rehusó anunciar la divina palabra aunque hubiese de predicar tres y hasta cuatro veces en un día, pudiendo afirmar poco antes de su muerte que había predicado más de cuatro mil sermones. En todos sus sermones solo tenía un deseo, un fin: el celo de la gloria de Dios y salvación de las almas. Predicaba lo mismo a grande que a corto auditorio, y aun en este con más gusto, porque sacaba mayor fruto. Predicaba con sencillez y ardor apostólico; y preparaba sus sermones paseándose y meditando en su santo recogimiento; huía de la afectación en el estilo, y de flores que no pudiesen dar frutos. Su máxima era que la enmienda de la vida y no los discursos y alabanzas es lo que da testimonio del buen sermón. “¿Cuántos oyentes se han convertido?” -preguntaba cuando oía celebrar un predicador-. Poco y bueno, tal era su máxima. “Después de treinta años de predicación –decía- he notado que solo cogiendo a los hombres por el corazón se convierten, que los discursos morales tratados con unción y celo son como carbones encendidos que se arrojan al rostro de los herejes que os escuchan quedando sí edificadas y haciéndose más dóciles”. Convencido el Santo de que de todas las funciones del celo eclesiástico el confesar es el más útil a las almas, consagraba a ello todo el tiempo que le dejaban libre todos los demás deberes. Todos los domingos y fiestas confesaba desde muy temprano, y los demás días a todas horas se le encontraba dispuesto a oír confesiones. Un día, iba a decir Misa, y se quitó los ornamentos para oír la confesión de una pobre mujer. Miles de veces se levantaba de la mesa para oír confesiones y hacía dos y tres jornadas para confesar enfermos que le pedían.

Confesaba a los pobres con más gusto, porque con estos –decía- es la caridad más pura y verdadera, y a los niños, y a los vergonzantes. “¿No soy acaso vuestro Padre?, -deciales para animarles-. ¿Por qué temeréis? Dios solo espera vuestra confesión para perdonaros. Yo ocupo el lugar de Dios, ¿por qué, pues, tendréis vergüenza de mí que además soy un pobre pecador? Aunque hubierais hecho todos los males imaginables no me causarán espanto, y las faltas de mis penitentes en nada disminuyen mi afecto. ¡Oh cuánto amo a vuestra alma!

¡Qué bella está ahora después de confesada! Los Ángeles se alegran por esto y yo os felicito con ellos; pero es necesario que prometáis a Nuestro Señor y a mí que no queréis volver a caer”. Recomendaba sobre todo que se confesasen no por descargarse y aliviarse sino para agradar a Dios y unirse con Él; no por temor sino por amor. Con estas industrias santas todos amaban al Santo y deseaban volver a ver a un padre tan bueno; y no puede verdaderamente explicarse el fruto inmenso que con su celo tan prudente como ilustrado hizo el Santo en las almas.

Y nosotros, ¿qué hacemos por nuestro prójimo? ¿Como san Francisco le amamos, sufrimos, aconsejamos, edificamos, oramos por él? ¿Cuántas almas hemos salvado o vuelto al buen camino?... Pues no hay cosa que así asegure nuestra salvación. Amemos al prójimo con Jesús y por Jesús, y la paz y el cielo serán nuestro premio temporal y eterno.

PROPÓSITO. Propongo, Dios mío no dejar pasar día sin hacer algún obsequio caritativo a mi prójimo.

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

DIA SÉPTIMO

Por la señal, etc. y Oraciones.

MANSEDUMBRE O DULZURA DEL SANTO

PUNTO PRIMERO. El carácter distintivo de san Francisco de Sales, después del celo de la salvación de las almas, fue la mansedumbre o dulzura. Con esta convirtió a los herejes y pecadores, guió a las almas por el camino del cielo, consoló a los afligidos y atrajo a innumerables almas a Dios y a la práctica de la virtud y de la perfección. Mas esta dulzura brotó en el corazón de Francisco por el vencimiento y el trabajo de veintidós años, porque su natural era colérico, sanguíneo, vivo, impaciente. “Sentía hervir la cólera en mi cerebro – decía- al recibir agravios, como el agua que está en un vaso sobre el fuego”. A fuerza, pues, de tomar a su cólera por el cuello, de ahogarla y hollarla bajo sus pies, logró dominar su genio, su carácter, hasta llegar a ser, como Moisés, el más dulce de los hombres de su tiempo; pudiendo afirmar, al saber que uno le acusaba de haberse encolerizado: “Soy un hombre miserable, sujeto a pasiones, pero por la gracia de Dios, desde que soy pastor, nunca he dicho ninguna palabra apasionada de cólera a mis ovejas”. Era, pues, la dulzura de Francisco, no falsa o aparente, sino verdadera, ingenua, hija del corazón, que es como la flor de la caridad; dulzura que es buena, porque ama y llena el alma de misericordia, ternura e indulgencia, que transmite al exterior una gracia sencilla sin violencia, y un aire de cordialidad templado, fruto de un santo afecto; dulzura viva y verdadera, sin melindres y esquiveces; noble, digna y majestuosa, que llenaba de respeto amoroso y de amor respetuoso a cuantos la experimentaban. No se podía explicar con palabras la exquisita dulzura del Santo la cual Dios había derramado en su alma, en su rostro, en sus ojos, en sus palabras, en sus ademanes, con tal abundancia que comunicaba la devoción a cuantos le trataban. “Oh Dios mío -exclamaba san Vicente de Paúl- si tan buen es el Obispo de Ginebra, ¿cuánto debéis serlo Vos?” Dulcísimo era san Francisco de Sales en sus disputas. Pensaba que el que se irrita hace sospechosa la verdad, hace su causa sospechosa. La razón vestida de dulzura tiene más fuerza que brillo; revestida de cólera pierde su brillo y fortaleza. Jamás

se ha establecido la verdad sin la caridad; pero la impiedad hace todo lo contrario. Por este medio convirtió tantos herejes. A todos recibía Francisco con gran bondad, y sus criados tenían orden de no despedir nunca a nadie. A todos oía con paciencia, como si no tuviera otra cosa que hacer. A todos honraba mucho, “porque como no hay nadie –decía- que se ocupe menos de los honores que yo, no hay tampoco nadie que quiera hacerlos más a los otros. No sé hacer distinción de personas, y solo considero una cosa en ellas; es, a saber: que todos llevan el carácter de cristianos”. En la conversación no contradecía a nadie, a no ser cosa grave, y entonces lo hacía con dulzura y destreza, no queriendo violentar a nadie, porque –decía- *no se gana nada tocando las cosas con aspereza*.

Atraídas las almas por tanta bondad, multiplicábanse las visitas cada día, y él, sin importunarse, conservaba su dulzura y su paz.

“Son hijos que corren al seno de su padre –exclamaba- y así como una gallina jamás se disgusta cuando sus polluelos corren todos a la vez a ponerse bajo sus alas maternas sino que las extiende lo más que puede para cubrirlos a todos, así mi corazón se dilata a medida que el número de mis amados hijos se aumenta en derredor mío”. ¡Qué corazón tan dulce, tan amante, tan paternal! ¡Bendito sea Dios que así honra con sus dones a las criaturas!

PUNTO SEGUNDO. Pero donde se descubría más la dulzura del Santo era en el trato de los grandes pecadores. “Venid, mis queridos hijos –les decía- para que os abrace y os ponga en mi corazón. Dios y yo os asistiremos con confianza”. A veces algunos se escandalizaban de este proceder, y el Santo les respondía: “Vale más dar cuenta de demasiada dulzura que de demasiada severidad. ¿No es Dios todo amor? Dios Padre es el padre de las misericordias; Dios Hijo se llama Cordero; Dios Espíritu Santo se muestra bajo la forma de la paloma que es la misma dulzura. Si hubiera alguna cosa mejor que la benignidad, Cristo Jesús nos la habría predicado y enseñado; sin embargo, no nos convida a aprender de Él más que dos lecciones: la mansedumbre y la humildad de corazón. ¿Me queréis impedir que aprenda la lección que Dios me ha dado o pretendéis ser más sabios que Dios?... ¡Ay! Solo Dios y yo amamos a estos pobres pecadores. Quieren que les trate con dureza porque son pecadores, cuando por esto mismo merecen que los trate con más amor, con más compasión y ternura. No, no tengo corazón tan duro que sea capaz de tratar con rigor a mis hijos. Vendrá un día, quizá, que se cambiarán en corderos y serán más santos que nosotros. Dios quiere enviármelos para que los cure, ¿y queréis que rehúse esto a Dios? El que ame el rigor que se aleje de mí, porque no quiero tenerlo”. Esta dulzura alentaba a los más grandes pecadores a confesarse con el Santo, y él los alentaba con su cariño y caridad paternal a perseverar en la virtud. Nunca mandaba Francisco ni a sus criados, sino por modo de súplica o insinuación, y nunca reprendía a nadie sino con dulces demostraciones o con un silencio más significativo que sus palabras. “¿De qué sirve hablar –decía- a quién no entiende? Una corrección amarga no le aprovecharía, y me hubiera perjudicado a mí mismo, y hubiera hecho como los que se ahogan por querer salvar a los otros”. Esta dulzura daba tal imperio a Francisco, que hacía todo lo que quería de todos. Como condescendía gustoso a los deseos de cada uno, todos también a su vez condescendían a los suyos y se consideraban felices en poderle agradar. La dulzura en el gobierno de las voluntades la recomendaba sobremanera.

“El espíritu humano es así –decía- se resiste al rigor; todo por dulzura, nada por la fuerza; la dureza lo pierde todo, agría los corazones, engendra el odio, y el bien que hace, lo hace de

tan mala gana que no lo agradece. La dulzura, al contrario, maneja el corazón del hombre a su voluntad, y lo modela según sus designios”. Eran estos sus proverbios, que no se le caían jamás de la boca. “Jamás el azúcar echó a perder las salsas, pero estas se pierden a menudo por demasiada sal. En las buenas ensaladas, se debe poner más aceite que vinagre. Bienaventurados los corazones blandos, porque ellos no se romperán. Bienaventurados los hombres dulces, porque ellos poseerán la tierra. Es preciso obrar en las almas como los Ángeles, más inspirando que corrigiendo. Es necesario atraer a las almas, pero del mismo modo que los perfumes, por la suavidad. Es preciso imitar a Jesucristo que, manteniéndose a las puertas de los corazones, insta para que le abran, pero sin forzarlos jamás”. ¿Tratamos así nosotros al prójimo? Por esto es tan estéril nuestra piedad y nuestros trabajos.

PUNTO TERCERO. Con sus criados y los de casa observaba el Santo la misma dulzura. Nunca les decía palabras de mal humor. A un criado que no encendió luz a la hora, teniendo una visita, díjole por toda corrección: “Sabéis, amigo mío, que dos bujías nos hubieran valido esta noche diez escudos de honor”. A dos de sus criados que jugaban a deshora a las cartas los corrigió arrojando las cartas que estaban sobre la mesa con una escoba al fuego, y sin decirles palabra. Cuando cumplían su deber les alentaba, y con palabras dulces les demostraba que estaba de ellos contento, que tenía toda su confianza en ellos, que aspiraba a hacerlos felices; y cuando estaban enfermos los cuidaba como una madre.

Así quería que los amos trataran a sus criados, porque son –decía- prójimos nuestros y pobres hermanos, que la caridad nos obliga a amar como a nosotros mismos: tratémosles como quisiéramos ser tratados si estuviéramos en su lugar y fuésemos de su condición. De esto resultaba que era el Santo muy amado de sus criados, como si fuera su padre, y no hay cosa más tierna que las deposiciones que hicieron en el proceso de su beatificación. “No puedo menos de llorar de ternura y devoción -dice uno de ellos- cada vez que pienso en mi buen amo, en tan santas acciones como le he visto practicar durante su vida; mi único consuelo después de su muerte es pensar en él y hablar de él a todos los que trato y rogarle todos los días no olvide delante de Dios a este pobre servidor”. Martín, el pobre criado-mudo, amaba tanto al santo, que estuvo a punto de morir de pena a su muerte.

Mas la bondad de Francisco se extendía hasta a los animales, no queriendo que nadie los maltratase. Jamás les hizo ningún mal, e impedía que otros se lo hiciesen, diciendo que la compasión con los animales forma parte de un buen natural; que el que es dulce con ellos lo es con mayor razón con los hombres; que hacer mal a los animales por solo el placer de hacerlo y sin razón suficiente es indicio de un mal corazón.

Dulce con todos, Francisco, lo era también consigo mismo; no con débil dulzura que contemporiza con los propios defectos sino con humildad que no se disgusta consigo mismo por despecho de amor propio, que se anima con paz y energía.

Se corregía razonablemente, y por vía de compasión tomaba su corazón con las dos manos y le decía al verlo caído: “Mira, pobre corazón mío, cómo hemos caído en el foso que queríamos evitar: levantémonos y esperemos en la misericordia de Dios, y volvamos a emprender el camino de la humildad. Ánimo, estemos más vigilantes, que con la ayuda de Dios haremos mucho”, fundando en esto una resolución de no volver a caer. “Es preciso corregir a nuestro corazón dulce y suavemente sin irritarnos ni turbarnos. Postrémonos

delante de Dios con confianza y humildad, y digámosle: Misericordia Señor, porque estoy enfermo. Jesús mío, misericordia y enmienda; y luego levantémonos con paz, y con nuevos bríos emprendamos otra vez nuestro camino sin lloriquear nuestro amor propio; suframos nuestras imperfecciones para alcanzar la perfección”.

Con todos hemos de tener paciencia, pero más con nosotros mismos.

¿Cuánto mejor nos corregiremos de nuestros vicios y defectos si seguimos esta hermosa doctrina del Santo, que no el despecho y desaliento del amor propio?

PROPÓSITO. Dios mío, propongo ser con todos, manso y conmigo riguroso por vuestro amor.

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

DIA OCTAVO

Por la señal, etc. y Oraciones.

HUMILDAD DE SAN FRANCISCO

PUNTO PRIMERO. La humildad con la mansedumbre son las dos virtudes de que nos ha dicho el Salvador: “Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón”. Esto es, nos ha ofrecido su corazón como escuela donde vayamos a aprenderlas, porque no hay fuera de Cristo un acabado modelo. Francisco de Sales a quien llamaban el hombre más semejante al Divino Redentor, debía aparecer adornado perfectamente de estas dos hermosas virtudes. Su mansedumbre o dulzura ya la hemos visto; veamos su humildad. “La humildad es la verdad, decía santa teresa de Jesús”, y el Santo la llamaba la expresión de la verdad aplicada a nosotros mismos en todo su rigor y en todas sus consecuencias. Esto es, verdad en los pensamientos, teniéndolos por lo que somos; verdad en las palabras, esto es, hablando conforme al juicio verdadero que nos hemos formado de nosotros; verdad en las obras, esto es, obrando conforme a nuestro propio conocimiento.

Nosotros no somos cosa buena, ni podemos hacer cosa buena, ni siquiera pensarla. Todo lo que somos, todo nuestro ser y nuestras facultades son de Dios: nos las dio, nos las conserva, nos las puede quitar a cada instante. Una ligera calentura basta para alterar nuestra salud, un soplo de aire para quitarnos la vida, el ingenio, la belleza; un disgusto puede quitarnos el juicio; un revés de fortuna, nuestras riquezas; la más ligera tentación puede derribar nuestra virtud. Solo el pecado, las imperfecciones, la malicia es nuestra y nace de nosotros, como la tiña del vestido, la carcoma de la madera y las malas hierbas de la tierra. El mal que hago es verdaderamente mío y verdadero mal; el bien que hago ni es puro bien, ni puramente mío. De estas verdades deducía el Santo: que no debemos estimarnos en algo a nosotros mismos, sino referir todo lo bueno a Dios; que no debemos buscar la alabanza porque solo pertenece a Dios; que debemos amar la oscuridad, las humillaciones, cosa debida a la nada y al pecado; y que hemos de imitar a Jesucristo manso y humilde de corazón. El que hace acopio de virtud sin humildad es como el que recoge polvo, que se lo lleva el viento. La humildad cristiana se alegra de ser nada para que lo sea Dios todo, y por respeto a la verdad y a las humillaciones del Verbo encarnado. Los actos exteriores de humildad son la corteza de la virtud que la conservan. Las humillaciones son el único medio para adquirir la humildad.

Lleno Francisco de Sales de estos sentimientos, no se dejaba seducir por el amor propio ni por el orgullo. Ni la elevada nobleza de su cuna, ni sus raras cualidades, ni los dones naturales y sobrenaturales que Dios había derramado en su alma, ni su ciencia sobresaliente, ni su dignidad episcopal, ni la estimación y veneración que le rodeaba por todas partes, ni las alabanzas ni nada de este mundo podía hinchar su corazón fundado en verdad. “Me llaman –decía- flor y fénix; pero en la realidad no soy más que un hombre vil, el más verdadero nada de todos los nada, la flor de la humana miseria. Soy como un ujier de vianda que a todos distribuye y nada se deja para sí; como un laúd que no se oye propios sonidos; como la escala que sirve para que suban los otros donde ella no va; como las muestras de las fondas que invitan a los transeúntes a que entren a comer bien, mientras que ellas pasan la noche a la intemperie... Francisco de Sales es un pobre hombre que se conoce mejor que vosotros le conocéis: Dios sabe lo que soy, y yo me conozco bien, y mi conciencia y mi confesor son dos testigos irrecusables de mis miserias. No se debe alabar al hombre antes de su muerte. Bienaventurado el que desconfía de su debilidad y no confía más que en Dios; todo lo podemos cuando Él nos fortifica, pero sin Él nada podemos”. Así discurría el Santo sobre sí mismo. ¿Son estos nuestros sentimientos?

PUNTO SEGUNDO. Cuando el Santo era alabado resaltaba más sus humildes sentimientos. “Estas personas con sus grandes alabanzas y su estimación –decía- me hacen coger un fruto muy amargo de su amistad. Cuando haya muerto no rogarán por mi alma, que creerán se ha ido derecha al cielo, y esto será causa de que padezca más tiempo en el purgatorio; he ahí la ventaja que sacaré de su reputación. Me estremezco cuando reflexiono en la carga que Dios ha puesto sobre mis hombros, y no puedo admirarme bastante de que Dios me la haya impuesto, habiendo en todas partes personas más dignas que yo de este honor. Toda mi vida he deseado el lugar más bajo, y temía tanto ser obispo, porque harían caso de mí... Mi mayor deseo era acabar los días en un lugar desconocido de todo el mundo, con el fin de ser olvidado para siempre”.

“Someterse a los superiores –decía- es más bien justicia que humildad, someterse a los iguales es amistad, cortesía o bien parecer; pero someterse a los inferiores es un acto exclusivo de humildad, que nos dice que siendo nada, debemos ponernos a los pies de todo el mundo”. El Santo obraba como hablaba. Pidió en su testamento ser enterrado en medio de la Iglesia de la Visitación para ser hollado por los pies de todos lo que entraran en ella.

Esto hacía el Santo en el trato con todos. Si encontraba un pobre le saludaba con bondad y se complacía en hablar con él. Si le hacían algún servicio, lo agradecía con todo su corazón y lo mostraba de todas maneras. Escogía lo más humilde para sí, como catequizar a los niños, llevarlos en procesión por la ciudad, confesar a los criados y a las mujeres más humildes, visitar a los pobres y a los enfermos, oír a los aldeanos referir sus cuitas, consolarlos, terminar sus diferencias, y hasta ser padrino a veces de los niños de los trabajadores y artesanos.

Es verdad que algunas veces las tentaciones de vanidad asomaban la cabeza, pero jamás consintió ser vencido por ellas. Porque una vez parece sintió como envidia al oír elogios de los sermones de otro prelado, tomando a esta innoble pasión como un inmundo reptil por el cuello, la quebrantó luego y exclamó: “Señor, dadle mil bendiciones, y hacedlo cada día más

capaz de recibir vuestras santas gracias”. “Otro día, sin pensarlo –escribe- me vino una tentación, no de desear no ser eclesiástico, pues esto hubiera sido demasiado grosero, sino que porque un poco antes, hablando con personas de confianza había dicho que si estuviera aún libre y fuera heredero de un ducado, escogería a pesar de esto el estado eclesiástico, me sobrevino una lucha en el alma entre el sí y el no que duró algún tiempo. Veía, según me parece, allá abajo, muy abajo, en lo más profundo de la parte inferior de mi alma, este sentimiento de amor propio, que se hinchaba como un sapo. Me burlé de él, y no quise siquiera pensar que pensaba en ello, con lo cual se desvaneció como humo y no lo volví a ver más”.

“¡Oh Señor! -dije entonces- salvadnos. Mandad a estos vientos de vanidad que cesen y volverá la paz. Cuando estoy al pie de la cruz mi alma está en paz; pero apenas me he alejado de él un paso, el viento sopla de nuevo”

Como todo lo hacía el Santo por cumplir con su deber y sin otra mira que la voluntad de Dios, nada le alteraba. “Bienaventurados los humildes, porque llegarán seguros al puerto. Esta es la bienaventuranza que más me agrada”. ¿Es asimismo la que más satisface a nuestro corazón?

PUNTO TERCERO. Mas no solo san Francisco sabía hacerse superior a las alabanzas y tentaciones, sino también lo que era más difícil, esto es, sufrir en paz las calumnias y mentiras e injurias que se decían contra él. “No sabiendo más que esto –replicaba- ciertamente no lo saben todo. Aún me adulan y tratan con indulgencia. Bien veo que tienen más compasión de mí que envidia, y que me creen mejor de lo que soy. Sí, ciertamente, es preciso corregirse: Dios sea bendito. Si no merezco ser reprendido por esto, lo merezco por otras cosas. Eso es un aviso que me dan para que me guarde de caer en esas faltas, y me hacen favor avisándome. Dejadlos que hablen. Es una cruz de palabras que lleva el viento, y se necesita ser muy delicado para no poder sufrir el zumbido de una mosca. ¿Quién os ha dicho –replicaba- que soy irreprensible? Quizá vean ellos mis defectos mejor que yo y que los que me aman. Muchas veces miramos como calumnia la verdad que no nos agrada; y por fin, ¿qué mal nos hacen los que tienen mala opinión de nosotros? No son adversarios, sino auxiliares que se unen a nosotros para destruir nuestro amor propio, que es nuestro mayor enemigo ¿Por qué, pues, disgustarnos con ellos? Una onza de virtud practicada en medio de las contradicciones, censuras y represiones vale más que diez libras de virtud practicada en medio de la paz”. El humilde Obispo sufría con gusto el ser reprendido continuamente como un niño por su antiguo profesor Deage.

“¿Acaso soy perfecto? –exclamaba-. ¿Acaso soy santo? Y aunque lo fuera, ¿no han sido por ventura los Santos el objeto de la contradicción de las lenguas? ¿Qué no dijeron de nuestro Señor, que era la perfección misma? ¿No reprendió san Pablo a san Pedro? Y él mismo, ¿no fue llamado insensato por haber sido demasiado letrado?

“Los que me aplauden me exponen al peligro de perderme por la presunción; pero los que me desprecian hacen lo que deben, me ponen en el caso de practicar la humildad, y me inspiran bajos sentimientos de mí mismo, colocándome así en el camino de la perfección”. Nunca opuso a las injustas censuras más que el silencio y dulzura. “Dejad que pasa la cólera- decía con el Apóstol-; las balas de cañón pierden su fuerza en la lana; y destrozan los

cuerpos que las resisten. Viendo al Salvador saturado en la cruz de oprobios, ¿quién podrá quejarse ni guardar resentimientos contra los maldicientes? Jesucristo, acusado de estar poseído del demonio, contestó sencillamente: “No lo estoy”. Si después de esto continúan acusándonos, conviene callar. El silencio es el agua que apaga la calumnia; mas la réplica es el aceite que la fomenta. Es preciso que se endurezca la piel del corazón contra esas cruces que no son más que palabras. El que es demasiado sensible a la opinión de los hombres no tendrá nunca la paz del corazón”

Nunca se le oyó decir una palabra en su alabanza; nunca se le vio preferirse a nadie; todo lo refería a Dios. Gustaba de las pequeñas virtudes que nacen al pie de la cruz, a las más brillantes que están en lo más alto; la humildad, la dulzura, la condescendencia, la afabilidad, la tolerancia del prójimo, la sencillez, la modestia formaban todas sus delicias. Tampoco decía mal de sí mismo, sino procuraba hacerse olvidar por medio del silencio. A una superiora que se quejaban de su incapacidad le dijo: “Tenéis razón, pero Dios ha permitido que os nombren superiora para obligaros más de este modo a que os corriáis, y es preciso trabajar en esto con celo, pero con confianza en la divina gracia”. Quería que esta humildad se practicase de un modo dulce, pacífico y constante. No quería el desaliento por nuestras miserias: los que se despechan por verse imperfectos se parecen a los que se arañan el rostro por el disgusto que sienten de no ser hermosos, que aumentan con esto su fealdad en vez de remediarla. Es preciso tener paciencia con nosotros mismos, pues somos hombres y no ángeles. No deben agradarnos nuestras imperfecciones, pero tampoco deben desalentarnos. Dios, es verdad, no las ama; pero nos ama a nosotros a pesar de ellas, como una buena madre que ama al hijo enfermo y detesta la enfermedad. Nuestra imperfección nos debe acompañar hasta el sepulcro, porque no podemos andar sin tocar la tierra.

“¡Amadas imperfecciones –exclamaba- que nos hacen conocer nuestras miserias y nos conservan en el ejercicio de la humildad, en el desprecio de nosotros mismos, en la paciencia y en la diligencia! ¡Oh!, no os turbéis por vuestras imperfecciones y trabajad siempre con valor en levantaros cuando caigáis en ellas: empezad todos los días, sin creer nunca que habéis hecho lo bastante... ¿Cómo reprenderemos a los otros con espíritu de dulzura si nos reprendemos a nosotros con disgusto, despecho y amargura? ¿Cómo nos corregiremos si no tenemos el espíritu tranquilo y en reposo? La humildad nos exige que nos creamos aún muy lejos de la perfección y que volvamos a empezar todos los días”.

PROPÓSITO. Propongo, Jesús mío, callar cuando me reprendan, por imitaros a Vos.

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

DIA NONO

Por la señal, etc. y Oraciones.

MODESTIA DE SAN FRANCISCO

PUNTO PRIMERO. La modestia cristiana es como el manto real que cubre y adorna y presta realce a todas las virtudes. Ella regula todas las acciones según el orden y la decencia en todo tiempo y lugar, lo mismo en la soledad que en la sociedad, por respeto a Dios y a sus Ángeles, a los hombres y aún a nosotros mismos. Es muy excelente esta virtud y de las que

más edifican al prójimo, y le recuerda y le predica su deber con más eficacia y continuamente. Es fruto de ánimo grande, porque pide una sujeción continua y es un vivo homenaje de todos los instantes de nuestra vida a la presencia de Dios. Francisco daba grandísima importancia a la modestia, y la había estudiado en todas sus formas: modestia exterior o sea del cuerpo, del rostro, de las palabras, del vestido; y modestia interior, o sea, de la memoria, del entendimiento y de la voluntad.

Por modestia del cuerpo entendía la castidad, el más precioso ornamento del alma cristiana, el florón máspreciado de la corona sacerdotal, porque en un cuerpo de carne hace vivir vida de ángeles y nos comunica algo de la vida del cielo. En toda la persona de Francisco brillaba esta angelical virtud que formaba las delicias de su corazón. Su rostro, sus miradas, su aspecto, sus palabras y acciones respiraban el perfume de la pureza, y llevaba un sello de inocencia y pudor. Conociendo el Santo la delicadeza de esta angelical flor, mortificaba todos sus sentidos, especialmente los ojos, porque no miraba a nadie, pues veía sin mirar. Hablaba a las personas de distinto sexo con mucha gravedad, que las mantenía en un religioso respeto. Jamás nadie le vio hacer acción menos honesta ni se le calumnió siquiera de ello, pudiendo asegurar el mismo Santo que el cielo le había concedido la gracia de guardar en toda su pureza la flor de la virginidad.

El aspecto del Santo estaba revestido de modestia encantadora, no pudiendo hallarse cosa más modesta que su presencia. Tenía siempre la cabeza derecha, sin volverla ligeramente de un lado al otro, ni dejarla caer adelante o a los lados. Tranquilo siempre su rostro y sereno, con un aire de bondad, de dulzura y de piedad que ganaba con su vista los corazones para Dios. Siempre alegre, apacible y franco, sin indiscreción ni encogimiento, sin risas inmoderadas, ni fuertes, ni frecuentes, sin permitirse ciertas libertades que degeneran en curiosidad o disipación del espíritu. Su paso, ni lento, ni precipitado, grave o ligero, según las circunstancias; su continente noble, reposado, majestuoso, sin pretensión, natural, sin flojedad o pereza.

Nunca se vio una postura menos decente inspirada por el deseo de la comodidad. Sufría las picaduras de las moscas y mosquitos en su rostro y cabeza hasta hacerle saltar sangre, sin que hiciese movimiento para alejarlos. Conservaba siempre igual en su exterior, movido por el respeto que le inspiraba la presencia de Dios y su dignidad episcopal. De todos es sabido el ardid de que se valió el Obispo de Belley, su amigo, para comprobar la modestia inquebrantable del Santo; pues habiendo abierto unos pequeños agujeros desde los cuales pudiese ver al Santo sin que él supiese nada, cuando estaba solo en la habitación, vio siempre que el Santo guardaba las mismas reglas de modestia estando solo que acompañado, porque estaba lleno de la presencia de Dios, que en todas partes nos ve, nos mira, y nos ha de juzgar.

¿Es así nuestra modestia? ¡Cuánto tenemos que aprender del modestísimo Santo!

PUNTO SEGUNDO. La modestia en el hablar del Santo era muy perfecta: su tono de voz era moderado, ni muy alto, ni muy bajo, lo necesario para ser bien oído; lleno de dignidad y sencillez; nunca brusco ni imperioso; dulce, benéfico, sin ser meloso ni tímido. Prefería oír hablar a los otros que hablar él; no obstante hablaba con humildad o por ella, y lo conveniente para no mostrarse retraído ni pesado en la conversación. Nunca interrumpía al

que hablaba, ni respondía precipitadamente. En las disputas hablaba siempre el último, y con sencillez y moderación decía su parecer; aun en las cosas más indiferentes hallaba observaciones cristianas que guiaba a Dios a los que le escuchaban. Prefería en las cosas dudosas, después de decir con ingenuidad su parecer, ceder con dulzura que triunfar disputando con obstinación o acrimonia. A la modestia en el hablar juntaba el Santo la modestia en el vestir. Miraba la limpieza y el orden en todas las cosas como una virtud, y el desorden y falta de aseo un vicio, y no permitía que sus vestidos estuviesen sucios, manchados o rotos, sino acomodados a su persona. Odiaba el lujo y el aire aseglarado, y todo su traje resplandecía por la sencillez y la pobreza que edificaba, porque iba unido a la decencia y limpieza que revelaba al hombre de orden y de buena casa, al cristiano regulado en el interior por la virtud que se refleja en el exterior; porque en verdad todos estos actos y prácticas no eran otra cosa que un reflejo de la virtud o modestia que residía en su interior regulando las tres potencias de su alma angelical, ordenada santísimamente.

Su imaginación, esa loca de casa, según santa Teresa, que cual animal cerrero no puede apenas sufrir el yugo de la sujeción, estaba en el Santo sujeta sin desmandarse jamás a lo vedado. La memoria, que auxiliada de la imaginación recuerda a veces cosas que no le aprovechan, antes pueden dañar al alma, estaba sujeta a lo honesto y santo. El entendimiento y la voluntad, que tienen su bello semblante como el cuerpo y que se trasluce al exterior de nuestro cuerpo, pueden desarreglarse en sus movimientos como los sentidos exteriores en sus acciones. El entendimiento puede descomponerse o pecar por demasiada actividad o inacción, o tal vez presunción. Francisco combatía estos vicios, esto es, la actividad excesiva, estando siempre en guardia contra la imaginación que extravía el espíritu, que gasta inútilmente las fuerzas intelectuales y arrebató un tiempo precioso al cumplimiento de nuestros deberes, contra la curiosidad que quiere conocer lo que es inútil saber, que busca con avidéz noticias y se alimenta con pasión de ellas; y por fin, contra las preocupaciones que matan el presente bajo el peso del pasado y del porvenir. Por esto Francisco se había trazado el plan de no hacer ni pensar en cada momento más que lo que la Providencia del Señor quería que hiciese, y desechar de su espíritu todo lo demás; no averiguaba jamás lo que no tenía necesidad de saber, ni se detenía en pensar lo que era solo objeto de curiosidad; no leía sino lo que le ayudaba cumplir su deber y hacía con orden y moderación lo que había de hacer. Ocupábase solo de la acción presente, y no se preocupaba de lo que pasó o había de venir. “Haz lo que haces -se decía- que Dios solo de esto te pedirá cuenta y no de lo que ha de venir o no puedes hacer”. ¿Estamos así ordenados en nuestro interior?

PUNTO TERCERO. La modestia del entendimiento de Francisco se descubría en el modo pacífico con que pasaba de una ocupación a otra, corrigiendo así su gran actividad natural. Por otro lado para corregir la negligencia no concedía ni un momento a la pereza. Siempre estaba ocupado: desde la mañana a la noche; orando, escribiendo, confesando, predicando o haciendo alguna otra cosa para gloria de Dios y bien de las almas. Para combatir la presunción del entendimiento, se mantenía en la desconfianza de sí mismo y de sus propios pensamientos; defería con gusto al parecer de los demás, le gustaba pedir consejo, y aborrecía el atrevimiento temerario de esos espíritus presuntuosos, que creen saberlo todo, y hablan de todo como doctores.

La modestia de la voluntad del Santo no cedía a la del entendimiento. Dos escollos procuró evitar con la práctica de dos virtudes en las que cifraba toda esta modestia; es a saber, la firmeza y la condescendencia. Sin la firmeza no se tiene más que una voluntad caprichosa, inconstante y ligera, que cual las incautas mariposas, no hace otra cosa que pasar de un deseo a otro, o como las veletas del campanario, se mueve y no obra nada de provecho. Sin la condescendencia no se tiene más que una voluntad obstinada, terca y poco razonable, que tropieza y se estrella contra todos los obstáculos, que oprime los corazones y voluntades del prójimo, disgusta los ánimos echando a perder cuanto toca; y por lo mismo tanto por falta de firmeza como de condescendencia puede perder la voluntad, la modestia. Consecuente Francisco con estos principios, su voluntad firme y constante para continuar el bien era como una roca inquebrantable, contra la cual venían a estrellarse todas olas de la contradicción sin conmoverta. “Todas las reglas –decía- tienen una excepción menos esta: *Nada contra Dios*”.

No conocía los caprichos, los antojos, las fantasías ni las pueriles aprensiones; quería firmemente lo que quería y debía querer, y nada más; y se prohibía todo lo que no era conveniente querer. Por otro lado, no era obstinado, y sabía ceder cuando la utilidad, la necesidad, o el mayor bien del prójimo lo requería, o cuando lo podía hacer sin ningún inconveniente. Se sometía hasta a sus criados en las cosas que tenían relación a su persona; y los que mejor le conocían declaran que el Santo se hubiese sometido a un niño en las cosas que no interesaban a la gloria de Dios o al cumplimiento de los deberes de su cargo.

Como no pedía nada, ni quería nada, ni rehusaba nada, no tenía otro apego su voluntad más que a la voluntad de Dios manifestada por la obediencia. Por eso el Santo, como nuestra santa madre Teresa de Jesús, puede decir a todos con su ejemplo y su palabra: Sé modesto en todas las cosas que hicieses y tratares, porque Dios te ve, Dios te mira, Dios te ha de juzgar.

Aprendamos todos a practicar tan estimable virtud para gloria de Dios, edificación del prójimo y bien de nosotros mismos.

PROPÓSITO. Por respeto a vuestra presencia propongo, Dios mío, guardar en todas partes la santa modestia.

Pídase la gracia que se desea alcanzar por esta Novena, y luego récese la Oración final para todos los días.

Triduo a san Francisco de Sales

DIA PRIMERO

Por la señal, etc. y Oraciones.

CONFORMIDAD DEL SANTO CON LA VOLUNTAD DE DIOS

PUNTO PRIMERO. No hay acto más excelente de amor ni más sublime que la unión perfecta de nuestra voluntad con la de Dios, que es regla de toda perfección y santidad. Esta unión de

nuestra voluntad a la de Dios hace que queramos solo a Dios y a su beneplácito; que queramos solo lo que Dios quiere, y en modo y medida y manera que Él lo quiere, lo cual es una vida de cielo anticipado en la tierra, porque siempre está dispuesta el alma a hacer y aceptar con paz y alegría santa todo lo que nos envía la infinita bondad de nuestro Padre celestial. La vida del santo Obispo fue toda un acto de conformidad con la voluntad divina en el grado más perfecto. Francisco, siempre resignado y unido a la voluntad de Dios por un amor mezclado de una santa y filial confianza, siempre sumiso con anticipación a todos los efectos ordenados por la Divina Providencia ya prósperos, ya adversos, ordenaba y dirigía y ejecutaba todos sus negocios con una perfecta paz y reposo de su alma, sin turbarse, apresurarse, ni inquietarse, por el resultado, ni alterarse si sobrevenía algún accidente contrario, aunque fuese imprevisto. Creía que todas las cosas así prósperas como adversas cooperan al bien de lo que aman a Dios, y que todo su cuidado debía ser amar y servir a Dios, confiando que Él, como buen Padre, haría todo lo demás. Tenía en su corazón escrito y grabado el dicho de su enamorada santa Teresa de Jesús: Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa, y descansaba confiado en la bondad paternal de este Dios que no se muda.

Estar sano o enfermo, ser alabado o vituperado, emplear el tiempo en esta cosa o en la otra, todo le era igual, porque en todo veía y buscaba tan solo el beneplácito divino. “No miréis-decía- las cosas por lo que son ellas, sino por el honor que encierran, por miserables que sean, por ser queridas de Dios, por estar en el orden de su providencia, y dispuestas por su sabiduría. Hemos de apreciar todas las cosas con el peso del santuario, que no es otro que la voluntad de Dios; por lo tanto no améis nada con demasiado ardor, ni aun las mismas virtudes, que se pierden a veces cuando traspasan los límites de la moderación. No quiero escoger la manera de servir a Dios; no quiero sino la voluntad de Dios; en la salud le serviré obrando, en la enfermedad padeciendo. A Él toca escoger lo que más le agrade: de los dos modos haré su voluntad, y esto me basta... Iré muy contento a cualquier parte o lugar que Dios me designe; y en cualquier parte que esté estaré satisfecho. Con la voluntad de Dios el purgatorio me sería paraíso; y sin la voluntad de Dios el cielo sería para mí purgatorio. Que la voluntad de Dios se cumpla en mí –exclamaba-: si Dios no quiere que le sirva predicando, le serviré padeciendo”. Su máxima era: no desear nada, no pedir nada, ni rehusar nada, sino tan solo lo que fuere conforme con la divina voluntad de todas las cosas, lugares y ocupaciones.

“Cuando se está acompañado es preciso estar contento, porque Dios lo quiere así; y cuando se está solo se debe amar la soledad porque también Dios lo quiere. Cuando se está fijo en una parte no se ha de pensar en cambiar, sino que es preciso permanecer en la barca en la que nos encontramos para hacer la travesía de esta vida a la eterna, y es preciso permanecer en ella gustosos, porque, a menudo, aunque no hemos sido puestos ahí por la mano de Dios sino por la de los hombres. Dios quiere no obstante que permanezcamos allí. Dios lo quiere, y esto basta: Dios lo quiere, y yo lo quiero también. Dios mío, tu voluntad, Padre mío, buena, beneplácita y perfecta en medio de mi corazón”. ¡Qué sentimientos tan sublimes!... ¿Son estos los nuestros? Por eso no tenemos paz.

PUNTO SEGUNDO. Además conformaba al Santo su voluntad con la de Dios en el modo de servirle. Hacía sus ejercicios espirituales con sumo gusto; pero si la caridad u otra ocupación se lo impedían, los dejaba sin pena, pasando de la contemplación a la acción, y de esta a aquella, con tal de hacer la voluntad de Dios. “Sea lo que fuere -repetía el Santo- lo que me

suceda, nada me separará de la firme resolución que tengo de querer plenamente todo lo que Dios quiere hacer de mí y de todas mis cosas. Quiero confundir mi voluntad con la de Dios, o más bien quiero dejar a Nuestro Señor querer en mí y por mí lo que le agrada, y depongo todo cuidado de mí mismo en sus manos. ¡Oh! ¡Qué felices son las almas que viven solo de la voluntad de Dios! ¡Oh Dios!, ¡qué bendición sujetar todos nuestros afectos humildes y fielmente al más puro y divino amor! Así lo hemos dicho y resuelto; nuestro corazón tiene por ley soberana la mayor gloria del amor de Dios; y la gloria de este santo amor consiste en consumir todo lo que no es él mismo, para convertirlo todo en Él". Agradar a Dios era toda la ambición del corazón de Francisco, su única pretensión, el único fin de todos sus pensamientos, palabras y acciones. "¡Oh Señor! –exclamaba-, ¿qué hay para mí ya en el cielo, y qué he de querer yo fuera e Vos sobre la tierra, sino a Vos, mi porción y mi herencia eternamente? Señor, ¿qué queréis que haga? Nuestro centro es la voluntad de Dios. Dios quiere que haga esto ahora; Dios quiere esto de mí. ¿Qué más necesito? Mientras ejecuto esta acción no estoy obligado a hacer otra, ni Dios me pedirá cuenta porque no la haga". No tenía gran empeño porque se hiciese lo que pedía al Señor. "Eso es -decía querer acomodar la voluntad de Dios a la nuestra, no debe ser así, sino que debemos someter nuestra voluntad al beneplácito de Dios". No quería que se lamentase en su presencia cuando había calamidades públicas. "Dejémoslo todo, -repetía- a la Providencia. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene; y si observamos sus mandamientos, todo se convertirá en nuestro bien. Es preciso tener una igualdad continua e inviolable de corazón en medio de la desigualdad de acontecimientos, y aunque todas las cosas se cambien a nuestro alrededor debemos permanecer constantemente inmóviles con la mirada fija en Dios. Que todo se trastorne y conmueva fuera y dentro de nosotros; que nuestra alma esté triste o alegre, en paz o en turbación, en claridad o en tinieblas, en tentación o en reposo, gustos o disgustada; que el sol la abrase o el rocío la refresque, es preciso que siempre nuestra voluntad mire a beneplácito de Dios, su único y soberano juez".

"Cualquiera que sea la situación en que Dios nos coloque –escribía- todo nos debe ser igual. Tal es el blanco de la perfección que debemos proponernos; y el que más se aproxime a él, ese se llevará el premio. Si veis nacer alguna inquietud o deseo en vuestro corazón, despojaos prontamente de él, y entregadlo todo en manos de Dios con dulzura y paciencia, aceptando en todo y por todo la santísima voluntad Dios y protestando no querer más que a Él y el cumplimiento de su beneplácito... Escuchad e imitad al Redentor que canta el cántico de su amor sobre el árbol de la cruz: *Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Después de dicho esto, ¿qué resta hacer sino expiar y morir muerte de amor, para no vivir más a nosotros mismos y dejar a Jesucristo vivir en nosotros? ¡Feliz el alma que se abandona así a Dios enteramente! En cualquier suceso que le sobrevenga pronunciará de todo corazón el santo acto de aceptación del Salvador: *Sí, Padre mío, puesto que así lo queréis*, que se haga en mí y de mí lo que agrada a vuestro Corazón, por el cual deseo vivir y morir como le plazca, sin reserva ni excepción alguna. ¡Oh! ¡Viva Jesús, que ha muerto por nuestro corazón, y que para siempre nuestro corazón muera en el amor de este dulce Salvador! Sí, Señor, lo quiero como Vos lo queréis; sí Padre mío, sí, siempre sí".

PUNTO TERCERO. Por esta conformidad las mayores aflicciones y trabajos encontraban al Santo inalterable, le eran amables las cruces; las cosas más amargas le parecían dulces, las contradicciones dábanle contento y paz. "¡Oh qué cosa tan buena es no vivir sino para Dios!-

exclamaba-. ¡Por esto experimento en mi pena una dulzura cien veces más suave que de ordinario!”.

En su *Tratado de amor de Dios*, dedica todo un libro, el noveno, a hacer ver la felicidad de un alma perfectamente unida a la voluntad de Dios. Oigamos y meditemos sus palabras: “¡Oh Dios mío, que vuestra voluntad se cumpla no solo en la ejecución de vuestros mandamientos, consejos e inspiraciones, a los cuales debemos obedecer, sino también en el sufrimiento de las aflicciones que nos sobrevienen; que vuestra voluntad haga por nosotros, para nosotros, en nosotros y de nosotros todo lo que le agrade!... El corazón verdaderamente amante, ama el beneplácito divino, no solo en los consuelos, sino también en las aflicciones, y le ama más todavía en las cruces, en las penas y en los trabajos porque la virtud principal del amor es hacer sufrir al amante con el objeto amado. Y, ¿cómo no se sobrellevarán amorosamente las adversidades, procediendo, como proceden, de la misma mano del Señor, tan amable cuando distribuye las aflicciones como los consuelos?... Abramos, pues, los brazos de nuestra voluntad; abracemos la cruz muy amorosamente; unámonos a la voluntad santísima de Dios, cantándole el himno de eterna conformidad: *Que vuestra voluntad se haga así en la tierra como en el cielo*. Es verdad que las penas no pueden en sí mismas ser amadas; pero miradas como enviadas por la voluntad divina son infinitamente amables, son de purísimo oro, y más preciosas de lo que se puede desear. Que nuestra voluntad esté, pues, indiferente a todo lo que Dios quiere, y que se coloque en sus manos como una bola de cera dispuesta a sufrir todas las impresiones que sean de su agrado, sin elección, sin preferencia de ninguna cosa y sin más amor que el de la voluntad divina; amando no las cosas que Dios quiere, sino la voluntad de Dios que las quiere, dejándonos conducir por esta divina voluntad como un suavísimo lazo, yendo con gozo a todas partes donde quiera el beneplácito divino, hasta preferir, si fuera posible (como cantaba la seráfica Doctora: “Dadme infierno, dadme cielo, que a todo diré que sí, pues del todo me rendí”). El infierno con la voluntad de Dios, que el cielo sin esta divina voluntad. Esta indiferencia se extiende a todo: lo mismo a la acción que al sufrimiento. ¡Oh, qué felices son estas almas animosas y fuertes en proseguir las empresas que Dios inspira, no menos prontas a dejarlas cuando Dios sí lo quiere, y siempre igualmente dulces así en los reveses como en las dichas!” Hasta deseaba sufrir el Santo, si pudiese ser sin escándalo, ser injustamente condenado los suplicios y a la muerte, si Dios así lo permitiese. No obstante, no era insensible a los males y lloraba en la muerte de sus amigos como lloró el Salvador en la muerte de Lázaro, pero sin disminuir en nada su conformidad con la voluntad de Dios, y le parecía una quimera la insensibilidad estoica. “Lloremos en la muerte de las personas amadas en señal de que las amábamos; pero lloremos un poco y conformémonos a la voluntad de Dios, y le parecía una quimera la insensibilidad estoica. “Lloremos en la muerte de las personas amadas en señal que las amábamos; pero lloremos un poco y conformémonos a la voluntad de Dios, diciendo: Sí, yo os bendigo por todo lo que os agrada hacer, y consolémonos con lo que hace Dios para nuestro bien”.

¿Buscamos conocer y hacer la voluntad de Dios en todas las cosas? ¿Amamos las cosas o la voluntad de Dios en ellas? Si no buscamos más que hacer la voluntad de Dios, en todas las cosas tendremos paz, sino un purgatorio o infierno anticipado.

PROPÓSITO. En todas las cosas, así prósperas como adversas, repetiré siempre: Hágase, Señor y Padre mío, u voluntad y no la mía

Récese la Oración final para todos los días.

DIA SEGUNDO

Por la señal, etc. y Oraciones.

PRUDENCIA Y SENCILLEZ DEL SANTO

PUNTO PRIMERO. La prudencia es la reguladora de todas las virtudes y como el ojo que las dirige rectamente al ponerlas en práctica. Francisco fue de consumada prudencia. Nunca hizo nada a la ligera; reflexionaba siempre antes de hablar y obrar, y pedía consejo siempre que podía, y sobre todo oraba a proporción de la importancia del asunto, esperando más de la luz del cielo que de sí mismo. Cuando conocía lo que se debía hacer, obraba tranquilamente, buscando y tomando siempre los medios dictados por la rectitud e inspirados por la caridad. Nunca se le oyó una palabra inconveniente; nunca reveló un secreto; nunca se excedió en decir lo que no creía deber decir. Descubriéndose este tacto perfecto en sus relaciones con las autoridades civiles, en el gobierno de su diócesis, que conservó en paz y en guerra todas las inmunidades de la Iglesia y el favor de los príncipes opuestos entre sí. Si se trataba de impedir un mal, no escuchaba el ardor de un celo irreflexivo, porque precipitándose se retrasaba el buen éxito en vez de adelantarlo; sino que se tomaba tiempo para deliberar con madurez delante de Dios los medios más a propósito y tenía gran cuidado de no comprometer nada con alguna palabra o acción indiscreta. Escogía el mejor momento y modo de obrar y de hablar, “a fin –decía- de no cometer faltas queriendo remediarlas”. De todas partes le consultaban, como a un oráculo, y era nombrado árbitro en las diferencias y pleitos más difíciles. “Para cortar unos graves escándalos – advertía- empezar por hacerle dos o tres visitas de cortesía a los que viven mal, sin decir nada de vuestro designo, y procurad insinuaros poco a poco en su afecto. Cuando lo hayáis logrado, haced recaer insensiblemente la conversión sobre la belleza de la virtud y la fealdad del vicio, y luego traédmelos”. Y, efectivamente, el Santo los inducía con su maravillosa prudencia a romper los lazos del vicio. A pesar de sus grandes y continuas ocupaciones nunca se apresuraba ni turbaba.

Mas su prudencia brillaba sobre todo en la dirección de las almas, arte el más difícil de todos. Tenía para esto luz particular del cielo, con la cual aclaraba las dudas, fijaba las reglas de conducta, penetraba el fondo de los corazones y descubría sus más recónditos pliegues. Procuraba hacer la piedad amable, mostrándola siempre al mundo tal como es, esto es, afable, dulce y dispuesta siempre a complacer; hija del cielo y verdadera imagen de la bondad de Dios sobre la tierra, siempre noble, fuerte y acomodada a su clase. A una mujer que le consultaba sobre su propósito de hablar poco respondióle: “Apruebo el hablar poco, con tal que ese poco que habléis sea graciosa y caritativamente y no melancólica y artificiosamente. Sí, hablad poco y con dulzura, poco y bueno, poco y sencillo, poco y franco, poco y amable”. Insistía sobre todo en el cumplimiento de los deberes del propio estado, y ante todo quería que se fuesen buen amigo, servicial y complaciente, hasta el punto de decir el Santo bagatelas en las recreaciones para alegrar a los demás. Quería que la piedad fuese sociable, tan fina como modesta, tan franca como recogida, tan amable a Dios como a los hombres.

A un alma que temía perder la piedad al trasladarse a la corte escribía estas sabias y discretísimas palabras: “Mientras mantengáis muy firme en vuestra alma la resolución de ser toda de Dios, el Espíritu Santo suplirá con su asistencia lo que no podréis hacer. Reemplazaréis vuestros ejercicios con frecuentes elevaciones del corazón a Dios, y los sermones con una devota y atenta lectura de buenos libros. La sujeción y la vida en sociedad os proporcionarán mil ocasiones de mortificaros mucho y de quebrantar vuestra voluntad, lo que no es un medio despreciable de perfección, si usáis de él con humildad y dulzura de corazón. Ninguna sociedad ni sujeción puede impedir os que habléis a menudo con nuestro Señor, con sus Ángeles y sus Santos, que visitéis a menudo las calles de la Jerusalén celestial, que escuchéis luego los sermones interiores de Jesucristo y de vuestro buen ángel, ni que comulgéis todos los días en espíritu, todo lo cual debéis hacer con alegría de corazón”. ¿Quién podrá excusarse de practicar la piedad aun en medio del siglo siguiendo las prudentes lecciones del Santo? ¡Ay! Que en el día del juicio muchos se levantarán para condenar nuestra cobardía y flojedad, nuestras falsas excusas en el servicio de Dios. Sigamos las lecciones de Francisco y en todo podremos santificarnos.

PUNTO SEGUNDO. El primer principio del santo en la dirección de las almas era respetar la acción de Dios en los corazones, conduciéndolas según la inspiración y atractivo del Divino Espíritu, y no según sus miras particulares; porque no quería interponerse jamás entre el Espíritu Santo y los hombres. Tampoco pedía mucho ni muy pronto a sus penitentes, enseñándoles a volar al cielo poco a poco como las palomas, cuando no podían elevarse como águilas. “Si no podéis tomar el vuelo de la contemplación -les decía- podéis hacer una lectura acompañada de algunas reflexiones; si vuestra salud no puede sobrellevar el ayuno, podrá sufrir la privación de algún manjar; si no podéis abandonar el mundo, podréis no participar de su espíritu; si el amor puro os causa admiración, amad, al menos reconocimiento e interés; si no sentís una contrición muy viva, esforzaos en desealarla y pedirla; si no podéis hacer grandes limosnas, dad al menos un vaso de agua; si no podéis sufrir groseras injurias, tolerad una pequeña reprensión sin murmurar; si ser despreciados es una prueba superior a vuestras fuerzas, sufrid una pequeña frialdad; porque no se os pide que sacrificéis vuestra vida sino que sufráis ligeras incomodidades, y que conservéis la paciencia en pequeños contratiempos”. Era, asimismo, uno de sus principios que en la dirección de las almas es necesario ocuparse más del corazón que del exterior. “Una vez ganada esta fortaleza (la del corazón) el resto no se sostiene ya; y así como, cuando el fuego está en una casa se arrojan todos los muebles por las ventanas, así también cuando el amor de Dios se apodera de un corazón, todo lo que no es Dios le parece poca cosa”.

A una señora que usaba perfumes y aguas de olor le escribió: “Dios me dio el otro día el pensamiento de deciros que era necesario dejar esos olores; pero me contuve según mi método, que es la suavidad, para dejar lugar a los movimientos que poco a poco los ejercicios espirituales acostumbra a producir en las almas que se consagran enteramente a la divina Bondad. Mi espíritu es extremadamente amigo de la sencillez, pero dejo ordinariamente en manos de Dios la seguridad con que se cortan inútiles retoños”.

Pero donde se admira más su prudencia admirable en la dirección de las almas es en sus cartas, acomodándose a todos los estados, condiciones y situaciones de la vida; en ellas ya alienta, ya consuela, reprende y eleva el alma hasta las más sublimes virtudes. Decían los sabios directores de su tiempo: Aprendemos más en una hora conversando con el santo

Obispo sobre la dirección de las almas, que en muchos años de estudio. Descubría el interior de los corazones y leía lo que les pasaba: “Para salvar vuestra alma -dijo al ver una persona tentada con el temor de condenarse- no debéis pensar en perderla”; y como pidiera más explicaciones, díjole el Santo: “Tenéis más necesidad de sumisión que de razón”; y con esto la dejó consolada.

“¿Qué os dice el corazón?” -preguntaba un día a un cura que no sentía bien del Santo- y el sacerdote, sorprendido de tal pregunta, cayó a sus pies y le pido perdón. “De todo corazón os perdón-repuso el Santo- y ya sabéis soy vuestro Prelado y vuestro amigo”. Para tratar con personas de distinto sexo era muy prudente: las veía sin mirar, esto es, sin fijar nunca mirada curiosa o detenida sobre ella, y siempre estaba en las visitas a la vista otro eclesiástico con la puerta abierta, respirando en toda ocasión la modestia de los ángeles. No miraba en todas las personas más que almas que salvar o qué consolar, o sostener en la virtud, y por eso era tan prudente como sencillo en el trato con los prójimos. “No sé -decía- lo que pasa con esta virtud de la prudencia; pues que si la amo no es más que por necesidad, y porque es la sal y la antorcha de la vida; pero la belleza de la sencillez me arrebató, y daría con gusto cien serpientes por una sola paloma. Si la dosis de la serpiente y de la paloma fuera igual no estaría tranquilo, porque la serpiente puede matar a la paloma, pero la paloma no matará nunca a la serpiente... Dícenme que en un siglo tan astuto como el nuestro, es necesario la prudencia para no ser sorprendido; y aunque no censure esta máxima, un buen cristiano preferirá siempre ser yunque a ser martillo, robado a ladrón, muerto a asesino, y mártir a tirano. Diga lo que quiera la prudencia del siglo, vale más ser bueno y sencillo que astuto y malicioso”. ¿Son estos nuestros sentimientos? ¿Amamos la prudencia del cielo o la astucia mundana y de la carne? Es enemiga de Dios la falsa prudencia, que lleva al alma a la perdición eterna. Huyamos de ella.

PUNTO TERCERO. Si san Francisco de Sales amaba tanto la sencillez, es porque la concebía de muy diferente manera que la concibe el mundo. La sencillez, según el Santo, no era más que el candor del corazón que camina recto a la verdad, al deber, a Dios solo; y nada estaba verdaderamente en más armonía con el temple de su alma que este candor. Amigo de la verdad, el Santo no podía sufrir ni amar la sombra de la astucia y del disimulo y le causaba horror engañar al prójimo para atraerle a sus intenciones aun las más legítimas y santas. Detestaba a mentira y el equívoco y tenía por principio que la fidelidad, la franqueza y la sencillez del lenguaje son uno de los más bellos ornamentos de la vida cristiana. Nunca se humillaba el Santo sin que tuviese el sentimiento interior de la humildad y nunca se ofrecía a prestar servicios que no fuesen de todo corazón. Desconocía los cumplimientos de los cortesanos y todas sus palabras eran francas e ingenuas, procediendo en todo con sencillez y franqueza: “No sé mentir, fingir, ni disimular hábilmente -decía- y la mentira es la obra maestra de la política y su resorte principal. No quisiera por todo el mundo decir una palabra falsa; hablo a la antigua francesa, sencillamente y de buena fe, y mis labios expresan siempre mi pensamiento”. Escribiendo un día a la superiora de una comunidad, le decía: “Pedid consejo, porque vuestro sexo necesita ser conducido, y nunca sale bien de ninguna empresa, sino por medio de la sumisión, no porque con frecuencia no tenga tanta luz como la que tiene el otro, sino porque Dios lo ha establecido así”.

Habiéndole escrito una persona que había tenido envidia contra otra, le contesta estas notables palabras: “Vuestra carta ha embalsamado mi alma con un perfume tan delicioso

que hace mucho tiempo no he leído nada que me haya dado tanto consuelo; así es como se debe meter la mano en los pliegues de nuestros corazones para arrancar los retoños del amor propio. ¡Oh Dios! ¡Qué contento para el corazón de un padre muy amante oír a su hijo declarar que el suyo ha sido envidioso y maligno!; ¡feliz envidia que ha sido seguida de tan ingenua confesión! Vuestra mano, al escribir esta carta, ha ejecutado una acción más esforzada que todas las de Alejandro”. Esta alma cándida no solo caminaba rectamente a la verdad sin rodeo ni disimulo, sin artificio ni doblez sino también al deber, sin ningún respeto humano, sin pensar si su acción agradaría o no a los hombres, sin otra mira que agradar a Dios. No era más entusiasta porque su acción había de ser aplaudida, ni más tímido o retraído porque debiera excitar murmuraciones, porque no veía más que su deber, y no hacía ningún caso de lo demás. Nada era tan sencillo como su vida, en la que no se veía ninguna singularidad. Hacía una vida común, pero de un modo tan divino y celestial, que esto era lo más admirable. Toda la belleza de su alma estaba en su interior, y el brillo principal de su santidad consistía en el modo nada común con quien ejercitaba las acciones más comunes.

No menos resaltaba la sencillez de Francisco al dirigirse a Dios en todas las cosas, haciéndolas todas por puro amor, sin tener en cuenta el agrado de las criaturas para nada, y sin más pretensión en este mundo que la de serle agradable. Decía a este fin: “Mirad cómo un niño pequeño que no conoce más que a su madre solo tiene un amor, y es el que tiene a su madre, y una sola pretensión, que es el seno de su madre, en el cual reclinado ya no quiere otra cosa; así el alma que posee la perfecta sencillez no tiene más que un amor, que es para Dios; una sola pretensión que es la de descansar en el seno del Padre celestial, y en Él, como un hijo de amor, hacer su morada, dejando enteramente todo el cuidado de sí mismo a su buen Padre, sin afligirse por nada, sino manteniéndose en esta santa confianza. Los deseos de las virtudes y de las gracias no le inquietan, no porque descuide lo que encuentra en su camino sino porque lo acepta sin ardor, y sin buscar otros medios de perfección que los que tiene a la mano. No se aparta ni a la diestra ni a la siniestra, para ver lo que dice, lo que piensa o lo que hace sino que sigue sencillamente su camino sin pensar más que en hacer lo que juzga que debe hacer; permaneciendo tranquilo en la confianza que tiene, de que Dios sabe su deseo, que es agradable, y esto le basta”.

Este es el retrato de la sencillez cristiana, y a la vez el del sencillo Francisco de Sales, y debe ser el de todas sus hijas y devotos: hacer todas las cosas bien hechas puramente por Jesús, para en todo merecer más gracia y santidad. La humildad, la caridad, la sencillez: he ahí los caracteres particulares de los devotos del Santo. Huyamos, pues, en todas las cosas la singularidad y desenterremos de nosotros todo lo que nos pudiere hacer caer en ella; solo deseando y procurando hacerlo todo con ahínco para agradar a Dios solo.

PROPÓSITO. Dios mío, quiero, como Vos mandáis, ser prudente como la serpiente y sencillo como la paloma, para agradaros en todas mis cosas.

Récese la Oración final para todos los días.

DIA TERCERO

Por la señal, etc. y Oraciones.

PACIENCIA E IGUALDAD DE ÁNIMO DEL SANTO

PUNTO PRIMERO. Considera, devoto de san Francisco de Sales, que toda su dicha la cifraba en el sufrimiento. “Nunca el Señor está más cerca de nosotros –decía- que cuando padecemos por su amor. Bienaventurados los crucificados. Una onza de sufrimiento vale más que una libra de acción. Debemos con frecuencia inmolar nuestro corazón al amor de Jesús en el altar mismo de la cruz, en la que Él inmola el suyo por nuestro amor. La cruz es la puerta real por donde se entra al templo de la santidad, y el que la busca fuera de ella, no encontrará nunca una sola hebra. En este mundo nuestra herencia está en la cruz; en el otro estará en la gloria. El Señor ha escogido la cruz para fundamento de su Iglesia. Amemos nuestras cruces, que son todas de oro, miradas con los ojos del amor; y aunque Nuestro Señor esté allí como muerto entre los clavos y las espinas, se encuentra sin embargo en ella un tesoro de piedras preciosas que nos formarán una corona de gloria si llevamos animosamente la de espinas... Vivid, pues -decía con gracia- alegre entre las espinas del Salvador, y como el ruseñor en su zarzal, cantad: “¡Viva Jesús!” El tiempo de las aflicciones y contradicciones es el tiempo de la bella estación, cuando el alma recoge las más ricas bendiciones del cielo y practica las más bellas virtudes, y nunca se practica mejor el amor de nuestro Señor que en medio de las cruces. Un día de este tiempo es mejor que seis de otro; las mejores vides crecen entre las piedras, y las más vigorosas virtudes nacen entre las aflicciones... ¡Viva Jesús! En el Tabor, san Pedro, aunque tosco, tuvo valor para decirlo; pero decir ¡Viva Jesús! En el Calvario, eso solo pertenece a la Madre y al Discípulo amado de Jesús. El corazón que ama no puede menos de amar y aceptar suavemente las flechas que la mano de Dios le dirige. Permanezcamos fijos en la cruz, y que cien mil flechas traspasen nuestra carne con tal que el dardo inflamado haya antes penetrado en nuestro corazón. ¡Que esta divina herida nos haga morir de su santa muerte!

“¿En qué -decía en otra ocasión- podremos manifestar mejor nuestro amor a Aquel que ha sufrido tanto por nosotros, que en medio de las cruces? Arrojémonos entre las espinas de las dificultades; dejemos que nuestro corazón sea traspasado con la lanza de las contradicciones; comamos ajenjos, bebamos hiel y traguemos el vinagre de las amarguras temporales porque nuestro dulce Salvador es el que lo quiere así. Como las llamas se alimentan entre las espinas, así es amor divino crece aún mejor entre las tribulaciones”.

Tres cruces distinguía tan hábil maestro en la vida espiritual, que estimaba muy mucho mejores que las otras. “Las primeras son las que nos importunan y desagradan más por su frecuencia. Las cruces que se encuentran en la calle –decía- son excelentes; pero las que se encuentran en la casa valen mucho más, porque pesan más; valen más que los cilicios, las disciplinas, los ayunos y todo lo que la austeridad ha inventado, y en ellas es donde se manifiesta la generosidad de los hijos de la cruz”. Las segundas son las que se presentan por sí mismas. “He ahí -escribía a una persona querida- una multitud de cruces que no habéis escogido: Dios os las ha dado con su mano; recibidlas, besadlas y amadlas, que están todas embalsamadas de la excelencia del lugar de donde vienen, y en ellas es donde más se encuentra el beneplácito de Dios. Amo infinitamente más el mal que nos viene de nuestro Padre celestial, que el que viene de nuestra propia voluntad”. La tercera clase de cruces más especialmente amadas por el Santo era la persecución injusta. “La bienaventuranza más excelente –decía- es la de los que sufren persecución por la justicia. Esta bienaventuranza, colocada la última, es la primera en mi estimación, decía el santo, y la considero como la

soberana dicha de la vida presente porque los que son perseguidos injustamente tiene mayor semejanza con el Salvador y llevan una vida oculta con Jesucristo en Dios; parecen malos y son buenos, muertos y están vivos, pobres y son ricos, locos y son cuerdos, detestados por los hombres pero bendecidos por Dios”.

Toda la vida del Santo estaba conforme con estas sublimes doctrinas. Sufría a todos y todas las impertinencias como enviadas por la providencia amorosa de Dios. “Es preciso compadecerse de la debilidad humana; ¿qué sería de nosotros si Dios tratase sin compasión? Las persecuciones son partículas de la cruz de Jesucristo, y no se debe perder la menor de ellas”.

Prefería el Santo oponer a las injurias el silencio; “porque –decía- no conozco mejor remedio en las contradicciones que no hablar, no manifestar ningún disgusto, y conservarse con una gran dulzura para con aquel que nos ha ofendido. Por poco que se diga, el amor propio siempre dice demasiado, y deja escapar palabras tan mal digeridas, que dejan en el corazón una amargura que dura todo el resto del día. Cuando no se dice nada, se sonríe de buen corazón y se deja pasar el chubasco, se espanta la cólera, se desconcierta la indiscreción y se tiene mucho tiempo el corazón alegre”.

En las enfermedades, Santo predicaba mejor que nunca la paciencia con el ejemplo. En medio de sus dolores se le vio siempre tranquilo y resignado sin palabra de queja. “No haciendo mucha penitencia voluntaria, es bueno que haga una poca de la necesaria” –decía-. Quería sufrir, porque tal era la voluntad de Dios, “porque Él sabe –decía- mejor que yo lo que me conviene”. “Haced lo que queráis, repetía; Dios me ha puesto a disposición del médico”. Y así aceptaba todo lo que se le daba sin repugnancia. Si le preguntaban qué tenía, decía con sencillamente su mal sin exagerarlo ni disminuirlo porque lo primero lo consideraba cobardía, y lo segundo doblez: sufriendo se sirve mejor a Dios más perfectamente que obrando. Nunca quería pedir remedio de sus males, pues le parecía que esto indicaba que era creer que el Señor había sufrido para que nosotros no suframos. Ocultaba sus enfermedades y las sufría sin acostarse, porque la cama –repetía- solo había sido hecha para las grandes enfermedades. Sentía en su alma una viva oposición al padecer, pero la vencía con su virtud animosa, humilde, amante y esforzada. ¿Sufrimos como Francisco las cruces que el Señor nos envía? ¡Cuánta necesidad tenemos de esta virtud y cuán poco la practicamos! Enmendémonos.

PUNTO SEGUNDO. La paciencia de Francisco de Sales resplandecía con sumo brillo en la perfecta igualdad de su ánimo, que nunca se le vio abatido por la tristeza ni arrebatado por la alegría ni quebrantado por la contradicción ni arrastrado por la pasión. Siempre dueño de su corazón y de sus pasiones, conservaba en medio de los negocios más enfadosos su paz, su serenidad, su alegría acostumbrada. Tan tranquilo, tan modesto, tan dulce estaba entre sus Hijas de la Visitación, como en el altar, como en la corte, y entre las reuniones más ruidosas. Todo a su alrededor se agitaba, mas él estaba tranquilo como roca inmóvil, con igualdad de ánimo y de semblante, y con el mismo deseo de agradar a Dios y de hacerlo agradable con su virtud a los otros. Nunca se alteró su igualdad de ánimo. “Aunque el universo se trastornara de arriba abajo, no deberíamos turbarnos, porque el universo no vale tanto como la paz del alma... El médico me ha ordenado el reposo, y yo me he ordenado la tranquilidad”. “Yo vi hace algún tiempo –escribía- una joven que llevaba un cubo de agua en

la cabeza, en medio del cual había puesto un pedazo de madera; quise saber con qué objeto, y me dijo que era para contener el movimiento del agua, y evitar que esta se derramase. En adelante, pues, dije a mí mismo: es preciso poner la cruz en medio de nuestros corazones para contener los movimientos de nuestros afectos, para que con este leño no se derramen en medio de las inquietudes y turbaciones”. “Seamos todos de Dios -escribía en otra ocasión- sin que nos aturda el estruendo que nos presenta la diversidad de las cosas mundanas, pues en nada podemos manifestar tanto nuestra fidelidad como entre las contrariedades. La soledad tiene sus combates y el mundo sus contradicciones; y por eso en todas partes es preciso tener buen ánimo, porque en todas partes el socorro del cielo está pronto para los que confían en Dios y que con humildad y dulzura imploran su paternal asistencia; pero guardaos bien de dejar que vuestra vigilancia se convierta en turbación e inquietud. Estando embarcado como estáis entre las olas y vientos de varias contradicciones, mirad siempre al cielo, y decid a Nuestro Señor: ¡Oh Dios! Por Vos es por quien navego; sed mi norte y mi guía. Luego consolaos con el pensamiento de que cuando estemos en el puerto, las dulzuras que allí tendremos nos harán olvidar el trabajo que nos ha costado llegar a él... ¿Qué importa que tengamos que atravesar todas estas tempestades, con tal de que conservemos el corazón bueno, la intención recta, el ánimo firme, la vista fija en Dios, y en Él puesta toda nuestra esperanza? La verdadera virtud no se alimenta con el reposo exterior como tampoco los buenos pescados en las aguas estancadas de los pantanos”. Movido de este mismo espíritu de paz y de abandono en la Providencia, el santo Obispo decía a la santa Madre Chantal, hablándole del designio de fundar la Orden de la Visitación: “Si no agrada a Dios el que nuestros proyectos tengan buen resultado, a mí tampoco me agrada, y por eso no se debe perder una hora de sueño”.

¿Qué ha sentido vuestro natural -preguntábanle- al ser tratado indignamente? “Nunca he tenido tanta paz, respondió”. Viendo que uno de sus criados se impacientaba, le dijo riendo: “Miguel, no os inquietéis, que una onza de paz vale más que cien libras de riquezas”. Nunca se le vio perturbado por negocios, ocupaciones y contradicciones que tuviese; hasta sus ejercicios espirituales dejaba con paz cuando la caridad lo exigía, diciendo: “Es preciso unirse inviolablemente a Dios solo, pero no a los medios particulares de servirle”. Como se quejase una persona que no podía dedicarse a la meditación por los grandes dolores de cabeza, le contestó: “Será preciso que os indemnicéis de ella duplicando las oraciones jaculatorias de aceptación del beneplácito divino que os envía este impedimento, y a la meditación para uniros más íntimamente a Él por medio del ejercicio de la santa y tranquila resignación. ¿Qué importa que estemos con Dios de un modo o de otro, pues que no buscamos más que a Él, y no lo encontramos menos en la mortificación que en la oración?”

No quería que nadie se apresurara por nada. “Vale más -decía- hacer poco y bien, pues no es la multiplicidad de las cosas que hacemos por lo que adelantamos en la perfección, sino por el fervor con que las hacemos. La devoción es un fervor dulce, tranquilo, sosegado, pero el apresuramiento es su ruina. Es un acaloramiento indiscreto, turbulento, que deshace en vez de edificar, desarraiga en vez de plantar”.

“Apresuraros, dulcemente -decía en otro lugar-; se hace bastante pronto lo que se hace bien, y a cada día le basta su trabajo. El que emprende dos ocupaciones a un tiempo, no sale bien con ninguna, pues eso es pretender enhebrar varias agujas de una sola vez”. “Sed cuidadosos, pero no os apresuréis en hacer todo lo que tenéis que hacer -decía en otra

ocasión-. Toda clase de ardor turba la razón y el juicio y nos impide hacer bien las cosas que hacemos con apresuramiento. Las lluvias que caen dulcemente fecundizan a tierra; pero los torrentes la devastan.

Censuraba mucho a los que en las conversaciones dicen palabras precipitadas y sin reflexión y deseaba que se hablase poco y bien, con un alma tranquila y siempre igual. Pero sobre todo a las personas encargadas del cuidado o dirección de los otros era a los que más prescribía esta paz. “El cuidado más perfecto –decía- es el que se aproxima más al cuidado que Dios tiene de nosotros, que es un cuidado lleno de tranquilidad y de quietud, que en medio de su mayor actividad no experimenta, sin embargo, ninguna emoción, y siendo uno se hace todo en todas las cosas”. Estos principios eran la regla de su conducta. Era costumbre suya -dice uno de sus historiadores- no precipitarse, terminar los negocios uno después de otro, y aplicar pacíficamente a cada uno toda su atención, como si no hubiera tenido otra cosa en qué pensar. ¡Oh glorioso Santo mío!, pacífico y de ánimo reposado y activo, alcanzadnos la gracia de aprovecharnos de vuestras lecciones y ejemplo santos.

PUNTO TERCERO. La igualdad de alma de Francisco nacía primero de su humildad, que colocaba toda su confianza en el Señor, despreciaba los juicios de los hombres y se hacía más generoso y capaz para grandes empresas; y segundo de su mortificación, porque desapegado de todas las criaturas y de todos los palillos de romero seco de ayuda que pueden ofrecer los hombres, abrazaba todos los trabajos, proseguía sus santas obras a través de toda clase de contradicciones con una seguridad y paz imperturbables sin que nada ni nadie pudiese hacerle retroceder cuando se trataba de cumplir sus deberes y sin que su alma tranquila, fijas tan solo las miradas en Dios, pudiera perder su paz. “Nuestro principal mal –escribía- es que nos estimamos demasiado a nosotros mismos, y si en algún pecado o imperfección incurrimos, ya estamos turbados e impacientes porque nos creíamos buenos, resueltos y firmes, y cuando nos encontramos con que no hay nada de eso y que hemos caído en tierra, nos turbamos disgustados y descontentos, viéndonos engañados en lo que nos toca tan de cerca.

“Si supiéramos bien lo que somos, en vez de sorprendernos por vernos caídos nos admiraríamos de poder permanecer en pie un solo día y aun una sola hora. Si nos es preciso tener paciencia con todo el mundo, debemos tenerla primero con nosotros mismos que nos importunamos más que nadie. No excuséis sino con madura deliberación a vuestra pobre alma –enseñaba- no sea que si la excusáis sin fundamento la hagáis insolente; y si la acusáis ligeramente, disminuyáis su valor y la hagáis pusilánime. Esforzaos en hacer perfectamente lo que hacéis, y cuando lo hayáis hecho, no penséis más en ello sino pensad en lo que os resta por hacer, caminando sencillamente por el camino de Dios sin atormentar vuestro espíritu. Conviene que aborrezcáis vuestros defectos, no con un odio de despecho y turbación, sino con un odio tranquilo; que los veáis con paciencia y que los hagáis servir para abatirlos a vosotros mismos en vuestra propia estimación. Mirad vuestras faltas –continúa- con más compasión que indignación, con más humildad que severidad, manteniendo vuestro corazón lleno de un amor dulce, apacible y sosegado.

“Nuestro segundo mal es que nos amamos con exceso, y si no tenemos gustos sensibles ya estamos tristes. Si encontramos algunas dificultades en nuestros justos designios ya nos apresuramos a combatir las con inquietud porque amamos demasiado nuestros consuelos,

nuestros gustos y comodidades. No quisiéramos más que azúcar en el servicio de Dios, y no miramos a Jesús postrado en la tierra sudando sangre y agua por efecto de su desolación interior... No queremos entender que así como los dulces secos son los mejores, así lo que se hace en sequedad es más meritorio ante Dios que lo que se hace con consuelo..." "Ser buen siervo de Dios -dice en otro lugar- no es estar siempre consolado, siempre en dulzura, sin aversión ni repugnancia para el bien; porque, según eso, ni san Pablo ni santa Ángela ni santa Catalina de Siena han servido bien a Dios. Ser siervo de Dios es ser caritativo con el prójimo, tener en la parte superior una invariable resolución de seguir la voluntad de Dios y una muy profunda humildad y sencillez para confiar en Dios; levantarse tantas veces cuantas se ha caído; sobrellevarse a sí mismo en sus abyecciones y tolerar tranquilamente a los demás en sus imperfecciones". "Mi querida hija -escribía a la Madre Chantal- Dios no quiere que tengáis el goce de vuestra fe, de vuestra esperanza y de vuestra caridad, sino para servir de él, cuando no hay otro remedio; la tenéis no observante y en muy buen estado, pero sois como un niño privado por su tutor del manejo de todos sus bienes. ¡Qué felices somos en estar así destetados, pero sujetos a este celestial Tutor! A nosotros nos toca adorar su amable providencia arrojándonos en sus brazos. No quiero, Señor, el goce de mi fe, de mi esperanza y de mi caridad, sino para deciros en verdad, aunque sin gusto y sin sentimiento, que moriré antes que dejar mi fe, mi esperanza y mi caridad. Señor, si es vuestro beneplácito que no tenga ningún gusto en la práctica de las virtudes, yo consiento con toda mi voluntad en ello... Si nos sobreviene alguna pena -añade el santo Obispo- es preciso recibirla con una sumisión tranquila al beneplácito de Dios. Si tenemos algún motivo de alegría, es preciso recibirla tranquila y moderadamente, sin alterarnos por ella. Si conviene huir del mal debe hacerse pacíficamente y sin turbación, pues de otro modo, huyendo, podríamos caer y dar al enemigo ocasión de matarnos. Si hay que obrar el bien es preciso hacerlo pacíficamente; pues de no ser así cometeríamos muchas faltas con nuestro apresuramiento. Más aún, no se debe uno detener sino en el bien que Dios quiere, pues de otra suerte, aunque lo que deseamos sea bueno, el deseo será malo porque no será conforme a la voluntad de Dios, que no quiere de nosotros esta clase de bien sino otra. Si nos sorprende el número de nuestras imperfecciones no debemos turbarnos, porque no hay nada que las conserve más que la inquietud y el apresuramiento de quitarlas. Por último, si estamos combatidos de tentaciones, no debemos por esto ni inquietarnos ni cambiar de postura, pues es el diablo que anda dando vueltas alrededor nuestro espíritu para ver si encuentra alguna puerta abierta. Lo mismo hacía con Job, con san Antonio, con santa Catalina de Siena, y con una multitud de almas buenas que conozco y con la mía propia, que no vale nada y que aún no conozco bien. No debemos disgustarnos por esto; dejarle ladrar teniendo bien cerradas todas las avenidas, que al fin se cansará; y si no se cansa, Dios le hará levantar el sitio. Es buena señal que haga tanto ruido y estruendo alrededor de la voluntad, pues eso es prueba de que no está dentro. Guardaos bien de irritaros contra vuestro corazón por esos enojosos pensamientos que le rodean; porque el pobre no tiene la culpa y Dios mismo está disgustado de él sino que, por el contrario, su sabiduría divina se complace en ver que este pequeño corazón se pone a temblar a la sombra del mal, como un polluelo a la sombra del milano que revolotea sobre él. Recurramos a la cruz, abracémosla de corazón y permanezcamos en paz a la sombra de este santo árbol, pues es imposible que cosa alguna nos manche mientras tengamos una firme resolución de ser todos de Dios. No debemos espantarnos en las tentaciones sino permanecer sometidos con una alegre y dulce resignación al beneplácito divino. Las tentaciones no pueden quitar nada a la pureza del corazón que no las ama; no las miremos, por lo tanto, sino miremos fijamente a nuestro

Salvador, que nos espera al otro lado de la tormenta, y tengamos en su servicio un amor grande y firme, que no se inquiete ni por lo dulce ni por lo amargo, y que sin cesar repita: ¡Viva Jesús!, persuadidos de que las tentaciones no nos turban sino porque pensamos demasiado en ellas y las tememos mucho”.

¡Qué lenguaje tan divino! ¡Qué documentos tan sublimes y tan prácticos a la vez! No nos apartemos de estas enseñanzas, y la paz y la igualdad de ánimo en medio de los vaivenes de la vida serán el fruto más precioso que gozaremos acá, preludio de la paz eterna del cielo. Amén.

Récese la Oración final para todos los días.

El día 29 de cada mes consagrado a honrar al dulcísimo doctor san Francisco de Sales

PRÁCTICA

Se empieza con la señal de la santa cruz, etc. y las oraciones preparatorias. Luego se lee con pausa

PRECES A SAN FRANCISCO DE SALES PARA ALCANZAR LO QUE SE DESEA

Señor, ten piedad de nosotros.

Jesucristo, oídnos.

Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Santa María, concebida sin pecado, rogad por nosotros.

San Francisco de Sales, en la oración perfectísimo,

San Francisco de Sales, en la mortificación rigidísimos,

San Francisco de Sales, en el trato del prójimo amabilísimo,

San Francisco de Sales, en el amor de Dios encendidísimo,

San Francisco de Sales, en el celo de las almas ardientísimo,

San Francisco de Sales, en el amor de Jesucristo abrasadísimo,

San Francisco de Sales, en la modestia ejemplarísimo,

San Francisco de Sales, en la dulzura modelo acabadísimo,

San Francisco de Sales, en la humildad profundísimo,

San Francisco de Sales, en la paciencia heroico,

San Francisco de Sales, en la prudencia y sencillez incomparable,

San Francisco de Sales, en la conversación agradabilísimo,

San Francisco de Sales, en la pureza angelical,

San Francisco de Sales, en la presencia amorosa de Dios continuo,

San Francisco de Sales, el más dulce de los hombres,

San Francisco de Sales, el más amable de los Santos,

San Francisco de Sales, cuya divisa era “o amar o morir”,

San Francisco de Sales, Doctor de la Iglesia sapientísimo,

San Francisco de Sales, director de las almas discretísimo

Jesús, oídnos

R
u
e
g
a

p
o
r

n
o
s
o
t
r
o
s

Jesús, escuchadnos

Ruega por nosotros, san Francisco de Sales, para que seamos como Vos dulces y humildes de corazón.

ORACIÓN. Dios mío, que quisiste que tu confesor y pontífice, padre y protector nuestro, dulcísimo san Francisco de Sales, para la salvación de las almas se hiciese todo para todos para ganarlos a todos; concede propicio que, bañados en la dulzura de tu caridad, guiados por su doctrina y ayudados de sus méritos, consigamos los goces de la gloria. Amén.

Un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri

Gozos a san Francisco de Sales

<p>De Ginebra sois Obispo de una Orden fundador: sed de nuestra Compañía dulce Padre protector.</p> <p>Renunciaste la nobleza y el brillo de senador; con alegría y amor abrazaste la pobreza amándola hasta la muerte como una preciosa flor.</p> <p>Vos queríais ocultaros y en el mundo no brillar, gozando al poder hallar medios para rebajaros, y los reyes van en pos tomándoos por consultor.</p> <p>De Cristo gran limosnero os proclamaban las gentes, siendo de los indigentes auxiliador verdadero; tanto celo por los pobres es de caridad ardor.</p> <p>El más dulce y más afable de los hombres os llamaban, y al veros todos hallaban la piedad fácil y amable: vuestra dulzura millares de almas conquistó al Señor.</p>	<p>En vuestro escudo sagrado bien pudiste escribir el mote: "Amar o morir por Jesús Crucificado". O morir, o padecer. canta Teresa a su Amor.</p> <p>Solo a Dios amar supiste, y arrancar sin compasión las fibras del corazón que no amaran prometisteis. Vuestra enseña fue morir para amar a Dios mejor.</p> <p>A las Hijas de Teresa que os aclaman por su Padre, dadles que como su Madre coronen su santa empresa: <i>Solo Dios Basta</i>, es su lema, y <i>¡Viva Jesús mi amor!</i></p> <p>De la cruz enamorado no os saciáis de padecer, gustando por Jesús ser abatido y olvidado; mas corona vuestras sienes de la gloria el resplandor.</p> <p>No olvidéis desde ese Cielo a quien por Padre os aclama; y a quien por Dios sufre y ama dadle el supremo consuelo. de cantar ahora y siempre <i>¡Viva Jesús nuestro amor!</i></p>
---	---

MÁXIMAS DEL DOCTOR DULCÍSIMO SAN FRANCISCO DE SALES Y DE LA DOCTORA SERÁFICA SANTA TERESA DE JESÚS

Para que se vea mejor y admire la conformidad o identidad de los espíritus del serafín del Carmelo y del dulcísimo san Francisco de Sales, vamos a poner a continuación varias máximas del Santo seguidas de otras de la Santa. Lo que nosotros solo damos por vía de ensayo haga el Señor que mueva a otros ingenios más competentes que el nuestro a proseguirlo, dando un libro completo de la semejanza de estos dos Serafines humanados, por bien del mundo, que se muere por falta de luz del cielo y de calor del amor divino. Este trabajo, además, reportaría otro bien incalculable a esta generación frívola y ligera, y es que fijaría su espíritu y lo formaría serio y vigoroso con estos pensamientos dulces y santos, vivos y eficaces. No se está hoy por largas lecturas y razonamientos; gusta el sistema homeopático en todo: pues démosles en pequeñas dosis esta medicina del cielo y curarán, mejorarán, se vigorizarán y no languidecerán los espíritus. Creemos que, después de las máximas de los Libros Santos, no se hallarán otras más a propósito para iluminar e infamar los corazones. Son, efectivamente, estas máximas para el mundo “*lucerna ardens et lucens*”, antorcha que arde y brilla, pues leyendo los escritos de la seráfica Doctora y del Doctor dulcísimo no solo se ilustra la inteligencia con los esplendores de la verdad más pura, sino que se inflama el corazón sobremanera con el deseo y amor de las cosas del cielo, según testimonio de la santa Iglesia.

MÁXIMAS DE SAN FRANCISCO DE SALES

1. El gran bien de uno no consiste en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho.
2. Las aguas de la gracia no se deslizan sino por los valles de la humildad.
3. La piedad, como hija de Dios, es dulce, afable y benigna.
4. En vano es ponernos en la cabeza que mientras vivimos podemos estar sin imperfección; esto es imposible, porque al fin todos somos hombres.
5. El Señor nos dará la paz en esta vida cuando nos hubiéremos humillado.
6. ¡Cuán útil es la práctica de no excusarnos cuando se os reprenda!
7. Plantad en vuestro corazón a Jesús crucificado, y todas las cruces de este mundo y espinas os parecerán rosas.
8. Debemos ser modestos siempre aun estando solos.
9. La mayor parte de las faltas en los ejercicios de devoción dimanar de cuidar poco de la presencia de Dios.

10. El arrepentimiento de los pecados ha de ser verdadero y cordial, pero tranquilo y resignado.
11. La esclavitud de los servidores de Dios vale incomparablemente más que la miserable libertad de los hijos del mundo.
12. No puede ser sino vanidad lo que no sirve para la eternidad.
13. En nada perjudica al alma el cuidado de los negocios domésticos si es moderado y deja tiempo para la oración, lectura y recogimiento espiritual.
14. Es menester cuidar mucho de portarse con dulzura en casa, ya con los parientes, ya con los domésticos; porque a veces, tal parece ángel en la calle, y es diablo en casa.
15. Haced de manera que vuestra devoción sea placentera y amable; así los demás la amarán y tendrán más ánimo para practicarla.
16. ¿Cuándo llegaremos a sufrir por caridad los defectos de nuestro prójimo? Esta es la principal y más excelente lección que nos han dado los santos; dichoso quien la haya aprendido bien.
17. Hasta las más mínimas acciones son grandes y excelentes, si las hacemos con la única mira y con la firme voluntad de agradar a Dios.
18. Recogeos de cuando en cuando al interior de vuestra alma; allí, separado de los hombres, podréis tratar libremente con Dios los negocios de vuestra salvación.
19. Dios no juzga de la perfección de nuestras acciones por el número de ellas, sino por el modo.
20. La burla es el modo más maligno de ofender al prójimo con palabras.
21. ¡Qué ilusión! ¿Puede haberla mayor que figurarse la virtud como cosa terrible, y el camino de cielo como impracticable, cuando no hay cosa más agradable ni consoladora que la ley de Dios?
22. La más pequeña falta hecha con plena deliberación daña más a la perfección que cien otras hechas por sorpresa.
23. Dios se complace muy particularmente en los corazones sencillos, humildes y caritativos.
24. Todas las reglas tienen su excepción, menos esta: *Nada contra Dios*.
25. Tengamos por cierto que, aunque nos llegue a faltar todo el mundo, Dios no nos faltará. Él es nuestro todo, y a Él le debemos mirar como a nuestro todo.

26. Las mujeres son muy dignas de que uno se aplique a su adelanto espiritual, porque se dejan conducir a la devoción más fácilmente que los hombres: estos, por lo regular, son muy presumidos, se tienen por muy hábiles, y no piensan que necesitan a nadie.
27. Es menester deferir a los sentimientos y parecer de los demás evitando, en cuanto cabe, disputas y altercados.
28. Todo el tiempo que se emplea mal y con descuido en la oración es tiempo robado a Dios.
29. Lo único que puede hacer difícil la ley de Dios, es no quererla observar sino en cuanto cumple a nuestros sentimientos y satisfacción.
30. El verdadero humilde nunc sabe persuadirse de que se le haga injuria en nada.
31. Tan agradable es a Dios la obediencia, que bendice y hace prosperar los consejos que se toman de los otros y muy en particular de los Directores.
32. ¿Cómo es posible que sabiendo que tres o cuatro días de tribulación nos han de producir consuelos eternos, no queramos aún sufrirla con paciencia?

MÁXIMAS DE SANTA TERESA DE JESÚS

1. El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho a Dios; y así lo que más os despertare a amar, eso haced.
2. A quien de verdad se humillare, no dejará el Señor de hacerle muchas mercedes, que no sabrá desear.
3. Mientras más santas, sed más afables y conversables.
4. Somos hombres y no ángeles: es imposible evitar toda imperfección mientras vivimos.
5. La humildad viene al alma con paz, regalo y sosiego.
6. Amad a Jesús crucificado, y todo se os hará fácil.
7. Sé modesta en todas las cosas que hicieres y tratares.
8. Todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios.
9. No deo Lot de ser santo por cuidarse de sus rebaños.

10. Sed afables con todos porque no se atemorice o amedrenten de la virtud y de nuestro modo de vivir.
11. Es tan mirado nuestro Dios, que no hayáis miedo que ni un suspiro, ni un alzar los ojos al cielo deje sin paga.
12. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley.
13. De pecado hecho con advertencia, por más chico que sea, Dios nos libre de él.
14. Todas las cosas faltan. Vos, Señor de todas, nunca faltáis. Solo Dios basta.

ÍNDICE

Dedicatoria

Al lector

Advertencia

Novena.- Oraciones preparatorias para todos los días

DÍA PRIMERO.- Oración del Santo

DÍA SEGUNDO.- Mortificación del Santo

DÍA TERCERO.- Fe y esperanza del Santo

DÍA CUARO.- Amor del Santo a Dios

DÍA QUINTO.- Amor a Jesucristo

DÍA SEXTO.- Amor al prójimo y celo de la salvación de las almas

DÍA SÉPTIMO.- Mansedumbre o dulzura del Santo

DÍA OCTAVO.- Humildad de san Francisco

DÍA NOVENO.- Modestia del Santo

Triduo.- DÍA PRIMERO.-Conformidad del Santo con la voluntad de Dios

DÍA SEGUNDO.- Prudencia y sencillez del Santo

DÍA TERCERO.-Paciencia e igualdad de ánimo del Santo

El día 29 de cada mes consagrado a honrar al dulcísimo doctor san Francisco de Sales

Preces al Santo para alcanzar mejor lo que se desea

Gozos a san Francisco de Sales

Máximas del doctor dulcísimo san Francisco de Sales y la doctora seráfica santa Teresa de Jesús

Máximas de san Francisco

Máximas de santa Teresa